

piensa de una manera completamente opuesta á la del General?...

¿Parécele á usted que se puede pensar sin alma?

Pensar sí se puede; pero lo que es pensar...

¡Infeliz! ¿Y no sabiendo si tiene alma quiere usted ser poeta?...

¡Qué ha de ser usted, desgraciado!

Para ser poeta lo primero es saber que se tiene alma y tenerla en gran estima.

Más adelante acepta, por caso raro, una corrección, y dice:

«El verso *trazado* por mí me tenía *incómodo*; y debido al *poco tiempo que dispongo* (de que dispongo, ¿eh?), *no lo había fundido* (como una campana) con la intención de sacarle *todo lo malo* que tiene, *que es todo* (¡qué *gallo de Matías*; pero qué verdad!). Si bien se explica que hablo en sentido figurado, no por eso había *de pasar sin pasar* por las horcas caudinas...»

Pasar sin pasar... sacarle lo malo que tiene, que es todo...

Pero, en fin, para escrito sin tener alma, todavía casi es demasiado bueno.

Mas dejemos la carta; y conocido ya el señor Charras como desalmado, vamos á conocerle como vate, ó como versificador siquiera.

Allá va la dedicatoria:

«Ahí están á tus pies, patria querida,
Esas notas humildes de mi arpa:
Acéptale el recuerdo á un argentino
Que siente orgullo de que *seas su patria.*»

¡Huy! ¡Qué verso!
¿Y éste no se le enmendó á usted el Ge-
neral Mitre?...

«Que siente orgullo de que *seas su patria.*»

Seas tiene dos sílabas, y querer en-
errarle en una es una iniquidad métrica co-
mo otra cualquiera.

Empieza el romance:

«En tiempos de *Boabdil*,
Último Rey de Granada,
Había una joven mora
Llamada «la luz de Arabia.»

Hombre, se llamaría Luz con ele gran-
de y no *la* luz... Pero, en fin, no he de ir
contra la autoridad paterna de usted, y llá-
mela como quiera.

Mas ¿dónde *había* esa mora?...

Vamos á ver:

«Vivía de la ciudad...»

Vamos... ¿que la ciudad la mantenía?..
¡Ah! no, no es eso.

«Vivia de la ciudad
Lo menos á una jornada...»

¿Pero qué ciudad es esa? Porque aunque ha hablado usted de Granada, ha sido no más para dar las señas de Boabdil...

«Vivía de la ciudad

(Sea la que fuere)

Lo menos á una jornada,
En el castillo feudal
De los antiguos patriarcas...»

¡Buenas y gordas! ¡Castillitos feudales de los patriarcas antiguos de una mora!...

«Era tan diestra en la lid,
Que cuando en justas entraba,
Las lanzas de los valientes
Jamás pudieron tocarla.»

¿Y qué más?

«Con el arte de Corina...»

¿Si será errata y habrá querido decir de cocina?

«Con el arte de Corina

También el laúd pulsaba,
Sollozando en cada verso
De su vida las borrascas...»

¡Ah! ¿Con que había sido de vida borras-
cosa?... ¡Mire usted, mire usted lo que se
va descubriendo!...

«Porque también la *poesía*...»

Sí, señor; tiene razón el General Mitre.
Esto no es verso. Pero usted *por eslabonar*,
según dice...

«Porque también la *puesía*
En su sér se reflejaba...»

Y porque se reflejara la *poesía* en su sér
¿estaba obligada á sollozar las borrascas de
su vida y á haber tenido borrascas?...

Pues me río yo del *eslabonamiento*.

«Virgen inmortal *creadora*...»

Aquí también le diría á usted el General
que esto no es verso, como si lo viera; por-
que efectivamente no lo es.

«Virgen que será en los tiempos
De Arquímedes...»

¿Que *será* en los tiempos de Arquímedes?...

¿Los tiempos de Arquímedes cree usted que están por venir?...

No, no dice eso.

«Virgen que será en los tiempos
De Arquímedes la palanca,
Para levantar al mundo
Sepultado en la ignorancia...»

¡Pero qué pobre y qué prosáico y qué sin sentido es todo esto, señor Charras!

«Virgen inmortal que vive
A las bajezas extraña,
Porque en la virtud tan sólo
Gusta *recrear* su mirada...»

Vamos, *recrear* hay que decir, porque si no tampoco es verso. Ya se lo habrá dicho á usted el General Mitre.

«Y teje para el *poeta*...»

Entonces no es para usted, de seguro.

«Y teje para el *poeta*
Corona de egregias palmas,
Cuyas hojas siempre *verdes*...»
(*Se las comen los que cantan.*)

Como si lo viera.

«En los *torneos* del saber...»

Otro verso que no lo es. ¿Verdad, General? ¡Cuidado con la manía que tiene este Charras de oprimir las palabras!

¡Y luego dice que es muy partidario de la libertad! Para sí la querrá, que lo que es para afuera...

¡Querer meter los *torneos* en dos sílabas!...

«En los *torneos* del saber
Fué con esmero educada...»

¿Ahora vuelve usted á hablar de la mora? Pues ya no nos acordábamos de ella ni de su salud, entretenidos en oír las murmuraciones de usted contra la poesía.

«Por eso en varios encuentros
Con las legiones cristianas
Mostró tanta bizarría
Que sus golpes esquivaban...»

¿Los golpes eran los que esquivaban?...
¿Y qué esquivaban?...

«La reina Isabel primera
Al ser de ellos informada...»

¿De los golpes? ¿O de los encuentros?

«Dispuso hacerla su amiga
Más bien que su tributaria...»

¡Pero qué soso es todo esto, señor Charras!

«*Con tal suerte hizo venir
 A un guerrero de confianza,
 Y le confió una misión
 Acerca de la sultana...*»

¿Ahora nos resulta sultana y todo? ¡Anda, anda!

«Le entregó *de puño y letra*
Una esquila perfumada...»

Perfumada, ¿eh?... Pero ¿de puño y letra de quién?...

¡Le entregó de puño!...

A usted sí que se la han dado de puño el General y todos los que le han animado á usted á escribir...

«*Al punto y sin dilación...*»

Lo cual es una misma cosa...

«Al punto y sin dilación
 Se ha de llevar la *embajada*,
 Le dijo la reina al paje...»

¿Pero era paje? ¿No decía usted que era un guerrero de confianza? No se le puede hacer á usted caso, porque tan pronto dice una cosa como otra.

«El joven besó la mano
De la augusta soberana,
Y partió como el cruzado
Cuando iba á la Tierra Santa...»

• Es claro. Y como el peatón cuando va á conducir la correspondencia.

«El real pliego le decía
Con una forma galana...»

Entonces no era con la forma de usted.

«El real pliego le decía
Con una forma galana...»
(Y con un ripio tan ripio
Que no quiere decir nada.)

Omito las cosas que el vate dice que escribió la reina Católica, porque no quiero que quede memoria de ellas.

El canto sigue:

«En tanto en el campo moro
La rendición se trataba...
Olvidando el heroísmo
De Sagunto y de Numancia...»

Pero ¿qué necesidad tenían los moros de olvidar el heroísmo de Sagunto y de Numancia? ¿Cuándo ni por qué le habían de haber aprendido? ¿Qué tenían que ver los moros con esos heroísmos?...

«Sin embargo, Boabdil
Al buen Guzmán no imitaba...»

Naturalmente. Lo raro sería que le imitase.

«Los rindió; pero *un valiente*
De talle esbelto y *sin barba*,
Se opuso como un baluarte
A soportar tanta infamia...»

Tartanta...

El detalle de *sin barba* también es muy bonito.

«El valiente era la mora...»

Bueno.

«Era la mora más *linda*...
(*¿Que una perrita de lanas?*)
Era tan *lindo* su seno,
Y era tan *linda* su cara,
Y era tan *linda* su boca...»
(*¿Acaba usted hoy ó mañana?*)

El General trató de disminuir algo las lindezas, llamando *bello* al seno y *fresca* á la boca; pero el vate se cuadró, y todas las cosas quedaron lindas.

«*Y eran tan negros sus ojos,
Y eran sus manos tan blancas,
Y eran tan suaves sus trenzas,
Y eran tan dulces sus gracias,
Y era su cuello tan lindo...*»

¿Otra vez? ¿Todavía hay más lindos?

«*Y era toda ella un conjunto
Fundido en no sé qué fragua.*»

¡Hombre! ¿Fundida en una fragua?...
Es lástima que no sepa usted en cuál,
por lo raro del caso...

Pero no debe usted de estar bien enterado, y no debe de ser verdad eso de que fuera fundida en una fragua.

Porque en las fraguas no se funde: se forja, que no es lo mismo.

«*Solemne instante... á la puerta
De su castillo se apeaba...*»

Aquí le habrá dicho á usted su compadre D. Bartolomé que esto *no es verso*; y no lo es ciertamente, porque *apeaba* tiene cuatro

sílabas, y una del *se* son cinco; y meter cinco en tres, es mucho apretar.

«Que pase adelante, dijo,
En nombre de Allah, quien llama,
Y á poco rato á su vista
Apareció Don Juan de Austria.»

Cincuenta y cinco años antes de nacer.

Enmendó el General el disparate
Y se resignó el vate...

Diciendo:

«El señor General ha pasado una línea de lápiz y ha escrito debajo: *D. Juan de Austria no había nacido al tiempo de la rendición de Granada*. Tiene razón, señor... Como mi composición es una fantasía, creí que *no implicaba...*»

¿Pues no había de implicar? ¿Usted cree?... Digo mal: usted no cree nada, porque no estando convencido de que tiene alma, ¿cómo ha de creer? Pero ¿á usted se le figura que *fantasía* es lo mismo que *desatino*?...

Para usted ya veo que es lo mismo, pero no debe ser.

«Dijo: á intimar que te rindas
Por la razón ó las *armas*».

¿Rendirme? En otra ocasión
 Le tengo dicho á tu *reina*
 Que yo y los míos se rinden
 Cuando la vida les *falla*.»

Pero, hombre, aquel *reina* no es asonante de *falla* ni de *armas*.

Para que lo fuera había que decir *rainá*.

¿Es que le ha enseñado á usted á pronunciar la *e* D. Víctor Balaguer, nuestro inverosímil académico? Porque éste, por llamar á Montero Ríos «el verbo de la democracia,» le llamó el *varbo*, y le ha hecho quedarse con «el *barbo* de la democracia.»

«El rey Boabdil, princesa,
 Con lo que cuenta es con nada.»
 (Pues no podía ser menos,
 Estando la cuenta exacta.)

Más adelante se lee que la mora recorría las filas...

«Porque la servía de escudo
 La santidad de su causa.»

El General objetó: «Sólo los mahometanos pueden decir santa la causa de Mahoma: una mujer no, porque es la esclava del mahometismo.»

El vate no se rinde y sale del paso en esta forma:

«Quien dice *la santidad de su causa* no es la mora, sino el autor.»

¡Así se habla! Clarito. El no tener alma no es un obstáculo para llamar *santa* á la causa de Mahoma. ¿Qué ha de ser? Al contrario.

Y sigue Mahomet Charras:

«Después que todo dispuso...»

Muy mal.

Aunque usted no esté convencido de que existe el alma, debe estar convencido de que existen los galicismos.

Y ese es un galicismo muy feo.

«Sois los soldados aquéllos
Que de Tolosa en las Navas
Dieron á la media luna
Cuarenta lustros de fama...»

Aquí el General le dice á Mahomet Charras que los moros no pudieron dar fama á la media luna en la batalla de las Navas, donde fueron derrotados, y que los lustros transcurridos desde entonces hasta la rendición de Granada, eran sesenta; pero el vate se defiende diciendo:

«Como mi obra es *imaginativa*, no tuve inconveniente en que la mora recordase á sus soldados esa acción de guerra...»

Es claro: su obra es imaginativa y disparatativa, y por eso...

Para disculpar otro mal verso, dice Aben-Charras:

«Si yo tuviera tiempo trabajando de sol á sol, como lo hago diariamente entre cálculos y números, ó pudiera hacer los cuatrocientos treinta y dos versos de este *canto* sin ningún defecto... me diese por satisfecho...»

El comentador de allá pone aquí: *galle-go puro*, y tiene razón.

Pero á mí lo que más me llama la atención es lo del tiempo. ¡Quejarse este hombre de falta de tiempo, cuando habrá echado á perder tantísimo en redondear su canto!

¿Qué necesidad tenía usted de hacer esos cuatrocientos versos y pico?

Y lo que tiene también mucha gracia, es esta otra disculpa contra otra observación de su compadre:

«Leo también al margen: *no es verso*. Lo que puedo decir es que *lo preparé durito* (¡bien se puede creer!), por no destruir la idea que encierra. Será feo como algunos otros; pero un *feo-lindo*.»

Feolindo, sí.

«Que á una mujer muchos leones...»

dice que es un verso *feo-lindo*.

Después deja Ben-Charras á la mora linda y se mete por la sublevación de América contra España.

¡Figúrense ustedes lo que discurrirá en este nuevo campo!

«Sólo así... Pero no *pudo*,
Por más que Iberia anhelaba
Apagar del nuevo *mundo*
La luz revolucionaria...»

Y sigue:

«No había puesto su pie
Sobre la cumbre nevada,
Donde el condor solamente
Tiene el valor de *habitarla.*»
(*¡Qué sintaxis tan moruna*
Tiene este vate sin alma!)»

Otro golpe:

«Ni la estrella *solitaria*
A Chile *inmortalizaba*,
Ni Bolivia ni el Perú
Se veían soberanas...»
(*Ni soberanas palizas*
Chile las administraba.)

Un poco más adelante:

«Donde *rodó* destrozada
 La cadena que oprimía
 La virgen sencilla y casta
 Que el navegante Colón
 En su *demencia* encontrara...»

¡Demencia! ¡Pobre Colón! ¡Cuánto mejor era que no hubieras descubierto esta gente! Andarían por allí á estas horas todos estos vates con sus plumas en la cabeza... pero no te llamarían loco.

«Este verso es un poco *infleccible*,» dice Charras hablando de otro verso malo, y sigue escribiéndolos cada vez peores.

«Porque también nacen *leones*
 En la tierra americana...»

¡Qué han de nacer *lones*!
 ¡Lo que nace es cada pedazo... de sabio`

XIII

Allá va otro argentino de más campanillas literarias que Mahomet Charras; pero no mejor poeta ciertamente: D. Calixto Oyuela.

Ya le conocen ustedes por aquella famosa epístola á Martinto, ó á *Domingo amigo*, según él decía; pero como es académico de los correspondientes de la Española de la Lengua y muy devoto de los académicos de acá, bien merece otra soba.

Por cierto que los académicos de acá no le pagan muy bien su devoción, como verán ustedes.

En 1886 publicó D. Calixto, en Buenos Aires, un librito de versos titulado *Hojas sueltas*, y en 1891 publicó otro libro algo mayor, titulado *Cantos*.

De este último envió un ejemplar á un académico de Madrid, con su retrato, con una dedicatoria muy rimbombante y con una carta muy cariñosa; y el académico fa-

vorecido hizo tan poco aprecio del libro, del retrato, de la dedicatoria y de la carta, que todo junto fué á parar á una librería de viejo, donde un amigo mío lo ha comprado después por seis perros chicos (seis centavos).

El no creyó comprar más que el libro; pero luego, al ir á abrirle en casa, se encontró con que estaba dedicado y con que tenía la carta de remisión dentro.

En ésta, después de lamentar una desgracia de familia, dice D. Calixto:

«Envío á usted ahora un ejemplar de mis *Cantos*, que no sospeché yo salieran á luz en circunstancias tan tristes. Recíbale usted como débil testimonio de la *veneración* y alto aprecio que me inspiró usted, y *concédale un puesto en su biblioteca*, si no como obra de poeta, como afectuoso recuerdo de un amigo sincero.»

¡Qué ingratitud, Sr. D. Calixto, la de estos académicos!...

¡Responder á la *veneración* de usted!... Si no se puede venerar á nadie más que á Dios y á los santos y á sus reliquias...— ¡Responder á la *veneración* de usted y al deseo de usted de que concediera á su libro un puesto en la biblioteca, enviando el libro y la carta al Rastro!...

Le está á usted bien empleado, pero muy bien empleado, Sr. D. Calixto*..

Para que aprenda usted á venerar académicos...

«Envío también—continúa Oyuela—un ejemplar de mis versos al insigne amigo de usted, D. Manuel Cañete, *cuya alta inteligencia, vasto saber y justo criterio...*»

Sí: adúlele usted de esa manera tan servil, que regularmente haría con el libro lo mismo que el otro.

Por lo *demáz*, como dice Cánovas, D. Calixto es un vate de corte académico riguroso, un cultivador de lo que ellos llaman la forma clásica. Sus versos se distinguen por sus muchos epítetos, por sus giros arcáicos y por su falta de sustancia.

La composición que ahora voy á analizar no es de los *Cantos*, sino de las *Hojas sueltas*.

La primera, por no andar escogiendo.

Después de poner un lema de siete líneas, en inglés, para que se sepa que lo sabe, D. Calixto se dirige á Fray Luis de León y le dice:

«Como *celestes* canto .

Resuena tu *inspirada* poesía

Y asciende en vuelo *santo*,

Y su *alta* melodía

Limpias ondas de amor al alma envía.»

Ya lo ven ustedes. No siendo el alma, que

salió ilesa por casualidad, los otros seis sustantivos, de los siete que entraron en la estrofa, todos sufrieron su pedrada correspondiente.

El canto... *celeste*; la poesía... *inspirada*; el vuelo... *santo* (¿por qué?); la melodía... *alta* (¡caracoles con el *alta*!); las ondas... *limpias*...

Lo dicho: no se salvó de la pedrea más que el *alma*, con perdón de Mahomet Charras, que cree que no existe.

Vamos á otra estrofa:

«Vibra tu *grande* acento...»

Sigue el chorro de epítetos, ¿eh?

«Vibra tu *grande* acento,
No en el hervor del *popular tumulto*,
Do el que hoy oye...»

¡Hoy! ¡hoy! ¡hoy!...
¡Dios mío!... ¿Qué es esto? «Do el que
hoy oye...»
¡Qué oído el del Sr. Oyuela!...

«Do el que *hoy oye* el concento
De *fervoroso* culto,
Blanco es mañana de *candente* insulto...»

Nada, nada. Siempre lo mismo...

El insulto, *candente*; el culto, *fervoroso*, y el conuento, que no salió con mote, salió con aquel acompañamiento de *hoy... oye...*

Todo esto después de haber sido el acento *grande*.

Pero nada tan grande como ese tercer verso:

«Do el que hoy oye el conuento...»

Otra lira:

«Sino en la *suma* esfera...»

Quiere decir que no vibra su acento *grande* en el popular tumulto *do el que hoyo-ye...* sino en la esfera *suma...* etc.

«Sino en la *suma* esfera
Donde el *fanal* de la verdad fulgura,
Y en *tibia* primavera...»

También es gana de poner motes: llamar á la primavera *tibia*, para llamar *tibia* primavera al cielo.

«Y en *tibia* primavera
Aura de virtud *pura...*»

Todo con su ripio correspondiente...

Siga usted, D. Calixto.

«Tu voz, *sin pompa vana.*»

Naturalmente. ¿Cómo no había de ser *vana* la pompa? Sí, señor, *vana* y *ripio*.

«Tu voz, *sin pompa vana,*
Adulación sonora del sentido...»

Tampoco aquí es el *ripio* el *sonora* solamente, sino todo el verso.

«Se lanza *dulce y llana.*»

¡Bueno! ¿Sabe usted que adelantamos bien?...

Hasta ahora llevaba cada sustantivo un adjetivo; ahora ya un solo sujeto, la voz, lleva tres predicados, y Dios sabe si parará en eso.

Por de pronto es ya *dulce, llana y sin pompa vana...* y la misma pompa, además de ser *vana*, es *adulación sonora...*

«Tu voz, *sin pompa vana,*
Adulación sonora del sentido,
Se lanza, *dulce y llana,*
En el alma, *sin ruido...*»

Otro predicado más... y bueno. Porque ¡cuidado que una voz sin ruido!...

«Se lanza, dulce y llana,
En el alma, sin ruido,
Cual ave amante en el oculto nido.»

Nido *oculto*, ave *amante*, voz *dulce*, *llana*, *sin pompa vana* y *sin ruido*... Por último, ¡sin ruido!

Si los académicos no fueran gente de probado mal gusto, casi se podría disculpar la desatención del que vendió los *Cantos* de D. Calixto Oyuela á un chamarilero.

¡Porque como malos, son malos los *Cantos!*...

Pero esa disculpa en un académico no es admisible, porque precisamente por ser malos le hubieran gustado, si los hubiera leído. Como hechos á imagen y semejanza de los suyos.

«Rompió en un *nuevo* oriente
La *hermosa* lumbre de la *edad pagana*,
Y aquel ritmo *potente*,
Aquella gracia *arcana*
Se derramó en tu mente *soberana*.»

¡Epitetoso!... Y además *paganizante*...
¡Ritmo *potente!*... ¡Gracia *arcana!*...

«Mas la *antigua* hermosura
En tu sublime *fé*, en tu ardiente *celo*...»

¡Caracoles con el versito éste!...
Para que suene á verso hay que recitar-
le así:

«En tu sublime *fentuar*-diénte celo...»

De modo que todo esto, *fe en tu ar*, ha de reducirse á dos sílabas, desapareciendo el acento de fé para cargarse sobre la otra é, la de én...

En fin, que no creía yo que el Sr. Oyuela lo hacía tan mal...

Aunque conocía su condición de académico, no creía que era tan... del todo académico.

Porque tiene los ojillos vivos en el retrato; y además, como se llama Calixto...

Pero ¡Ca... listo!

«Mas la *antigua* hermosura
En tu sublime fé, en tu *ardiente* celo...»

Si D. Calixto tuviera un poco de oído poético, hubiera dicho:

«En tu sublime fé y *ardiente* celo...»

El verso hubiera quedado ripioso, pero no mal sonante.

«Mas la *antigua* hermosura
 En tu *sublime* fe, en tu *ardiente* celo
 Fundió su esencia *pura*,
 Y con *místico* anhelo
 Voló *serena* y *encendida* al cielo.»

¡Ya escampa!... Y llovían epítetos apañados. ¡*Serena* y *encendida*!...

«Cual urna *primorosa*
 De *nitido* alabastro construída,
 Se ostenta más *hermosa*,
 Con más *luciente* vida
 Si de *interno* fulgor brilla *encendida*.»

Primorosa y *hermosa* la urna, *nitido* el alabastro, *luciente* la vida (¡vamos, que una vida *luciente*!), *interno* el fulgor, etc.

Y luego, al lado de esta profusión de epítetos, ¡qué escasez de ideas!

¿Recuerdan ustedes qué es lo que ha dicho hasta ahora D. Calixto?...

¿Cuál es el pensamiento culminante de su composición?...

Trabajo le mando á quien trate de hallarle.

«Y el *oloroso* huerto
 Que cultivas «*del monte en la ladera*
De bella flor cubierto,»
 Por *secreta* manera
 Tu mente eleva á la *celestes esfera*.»

Muy malo, muy malo.

En los dos últimos versos dos asonancias insufribles, particularmente la del último:

«Tu mente *eleva-á* la celeste *esfera*,»

y en el penúltimo *manera y secreta*.

¡Es tan extraño esto siendo nuestra lengua tan rica!

Verdad es que no se adelanta gran cosa con que sea rica la lengua, si los vates son pobres...

Como el Sr. Oyuela.

«Y la vista tendiendo
A la *imperial dominadora* cumbre,
Volar quiere, venciendo
La *mortal* pesadumbre.»

Pero usted no la vence nunca.

Sino que siempre está usted vencido y dominado por esa pesadumbre ó pesadez *mortal*.

«Tú así, en ansia *constante*
Por *arrancarte* á la *terrena* arcilla,
Ardes por la *distante*
Esfera sin mancilla...»
(*Mas no sin ripios, que hay una esportilla.*)

Constante... terrena... distante, sin

mancilla... Y sin contar la asonancia de arrancarte con constante. Y sin contar el arder por la distante...

«Yo amo el fulgor sereno,
El raudal cristalino
De tu sencilla fe y candor divino.»

¡Uf! Qué verso más malo...

¿Sabe D. Calixto qué es *feican*, y si es de comer, con qué se come?

Y si no lo sabe, ¿por qué lo puso en ese verso?...

Pues así hay que leerle para que lo sea, diciendo *feican*...

De tu sencilla *feican-dor* divino.

¡Qué académicos éstos!

Y sigue:

«Henchido de *alto* anhelo...»

¡Cuántos *altos* y *altas* será bueno que haya sembrado el Sr. Oyuela en su vida, cuando en esta sola composición pone tres lo menos!...

Alta la melodía, y ya la altura ésta era una altura disparatada; *alta* la contemplación: ésta puede pasar, y *alto* el anhelo, que ya no pasa fácilmente...

La composición de Oyuela que sigue en

las *Hojas*, lleva por título *La lágrima, la... la...*

Ni siquiera los títulos acierta á poner sin cacofonías.

Y empieza así:

«Cuando amistad ó amor nuestra *alma mueven...*»

Mamu... even...

¡Qué oído, Sr. Oyuela!

Antes, do el que *hoy oye*; ahora, *ma-mueven...*

Casi lo mismo que aquel verso insufrible con que empezó Quintana su odá al mar:

«Calma un momento tus soberbias ondas,»

donde parece que atropó todas las emes que pudo.

Calma-un-mo-men...

Y, sin embargo, los *retóricos* progresistas, á quienes ha seguido como un cordero el agustino P. Blanco en su malaventurada historia de la literatura española, han divinizado á Quintana como poeta, y han ponderado ese verso feroz como un prodigio de onomatopeya...

«Reta el guerrero por *soñado* lauro
La muerte, en pos de *romancesca* fama;

Mas alza á su enemigo *en lid postrado*,
Y baña cada herida en una lágrima.»

Cuando lo entiendan ustedes, avisen. No digo que no llegarán á entenderlo; pero tienen que tardar un buen rato.

Y aparte de la oscuridad, desde luego está mal lo de *bañar en*. Ahí se dice *bañar con...* Porque *bañar en* es meter la cosa que se ha de bañar en el líquido, y una herida no se puede meter en una lágrima: se puede humedecer con ella, y eso es *bañar con*.

«Votos no puedo hacer por mi María...
(¿Pero eso cree usted que es poesía?)
Mi María antes ¡ay! á Amor tan cara,

(¡Ay, ay, ay!)

Y un tiempo fué que en *su glorieta umbrosa*
Esos votos premió con una lágrima.»

¿*Esos* votos que no puede usted hacer?
¿Y de quién era la glorieta? ¿De María, ó del Amor?...

¡Don Calixto, Don Calixto!...
Que se da usted mucho pisto
Con su medalla dorada,
Y no es poeta ni es nada.

Siga usted:

«Cuando mi alma á lo oscuro tienda el vuelo,
*(¿No tiene usted esperanza de ir al cielo?
 Pues no está el cielo oscuro, amigo Oyuelo.)*
 Cuando mi alma á lo oscuro tienda el vuelo,
 Y dentro su ataúd...»

¿Dentro del ataúd del alma?...
 Explíquese usted:

«Cuando mi alma á lo oscuro tienda el vuelo,
 Y dentro su ataúd mi cuerpo yazga,
 Por mi tumba al pasar, *do se consuma...*»

¿El qué se va á consumir? ¿El alma?...
 ¿El cuerpo?... ¿El ataúd?... ¿La lágrima?...
 El numen no será, porque... no hay de
 qué darlas.

«Por mi tumba al pasar, *do se consuma,*
 ¡Oh! su polvo mojad con una lágrima.»

¡Oh! su polvo... ¿El de la tumba?... ¿El
 del ataúd?...

El del diablo que lleve tanto ripio y tanta bobería.

Lo que sigue en las *Hojas sueltas* es una *silva* al presente siglo, que más bien debiera ser una *silba*. Pero el vate no lo entiende así, y aunque con ciertas restriccio-

nes propias de católico-liberal, de los que ponen una vela á Dios y otra al diablo, se entusiasma al fin como un progresista cualquiera con los adelantos modernos, y dice que

« En cambio,
De la *inflamada tea*
Que el *implacable* inquisidor blandía,
Emblema de *armonía*,
Su *esplendorosa* luz manda la *idea*. »

¡Buena está la armonía que nos ha traído la *idea* moderna!

La armonía de estarse acechando y amenazando continuamente los jornaleros y los propietarios, los ricos y los pobres, para ver quién extermina á quién, cuando llegue ocasión oportuna.

Verdad es que el vate confiesa en malos versos que

«El invento de Guttenberg

(¡Vaya un heptasílabo!)

Más el error que la verdad difunde.»

Y censura al siglo porque *vuelca y sacude*

«Las que el hombre adoró *creencias* divinas, »

como vuelca él las leyes prosódicas queriendo que *creencias* tenga sólo dos sílabas como si fuera *crencias*...

Después hay en el libro de Oyuela una cosa así como epístola en tercetos, dirigida á otro mal poeta argentino, á Rafael Obligado, con un lema en verso de Echeverría, otro argentino también *obligado* á ser mal poeta...

La epístola empieza así:

«Rara, á fe, Rafael...»

¡Buen principio!...

Ra-ra, á fe-Ra-fa...

De cinco sílabas, pues la *a* que precede á la *fe* se elide; de cinco sílabas, tres son iguales, *ra-ra* y *ra*, y las otras dos casi iguales, *fe* y *fa*...

Y esto en el primer verso.

¿Podría haber hallado el autor combinación más dura de sílabas para empezarle?

¡Rara, á fe, Rafael!...

¡Y pensar que todavía hace pocos días llamaba D. Juan Valera buen poeta á este D. Calixto!...

¡Claro! Buen poeta como él... que también es muy malo.

«¡Rara, á fe, Rafael, la humana vida!
Y tal...»

¿La humana vida... *y tal?*... Esto parece del *Regatero*...

«¡Rara, á fe, Rafael, la humana vida!
Y tal, que dudo á *decidir* se acierte
Si á *larga* risa-ó á llorar *convida*...»

El terceto comenzó duro y enrevesado, para continuar bajo y pedestre (*que dudo á decidir*), y acabar asonantado y ripioso, con la risa *larga* y la asonancia de *risa* y *convida*.

Creo que ni poniéndose adrede á hacer un terceto malo, se puede hacer peor que éste.

Y vamos al segundo:

«El hombre nace, y su *menguada* suerte
Le lleva, cual *doliente*-peregrino,
Al *temeroso* abismo-de la muerte.»

Prosáico también, muy prosáico.

Y también ripioso, como lo atestiguan la suerte *menguada*, el peregrino *doliente* y el abismo *temeroso*.

Y también con asonancias entre los hemistiquios y los versos, como *doliente* y *suerte*, *abismo* y *peregrino*...

Vamos al tercero:

«Y si *riega* un instante su camino
Rocío celestial...»

El rocío no *riega*: humedece, refresca, moja, empapa, rocía... todo menos regar. Regar es otra cosa.

No se podía aplicar á la acción del rocío un verbo más impropio.

«Y si *riega* un instante su camino
Rocío *celestial*, es porque sienta
Todo el rigor de su *infeliz* destino...»

Lo cual, á más de ser literariamente malo, tiene sus ribetes de blasfemia.

No: Dios, nuestro Señor, no nos dispensa sus favores celestiales para hacernos más infelices. El pensarlo es una impiedad, y el decirlo sin pensarlo es por lo menos una tontería.

Siga usted:

«¿Y luego? ¡Oh pobre humanidad sedienta
De *ignotas* aguas, cuyo cauce *en vano*
La *ignara ciencia*—descubrir *intenta*...»

¡Dale con los asonantitos! Y con los rí-
pios.

Adelante:

«¡Oh *indescifrable* y *pavoroso* arcano,
Mientras *vivido* el sol reine en la esfera
Y el mundo rueda en el *etéreo llano*!...»

En el etéreo disparate querría usted decir... O por lo menos lo dice, aunque no quisiera...

¡Cuidado con decir que la tierra, que rueda en curvas alrededor del sol, rueda por un llano!...

Y sigue:

«Blanco azahar el rostro iluminado
De la reciente esposa, orna y perfuma,
Llorará en breve por el hijo amado,
Que en este valle de *perenne* bruma
Se deshace en nuestra alma la alegría
Cual leve copo de *albicante* espuma...»

¡Olé por los adjetivos... académicos!...

«Ya no surge en nosotros *soberana*
Aquella voz que *armónica* vibrando
Fuente era un tiempo de *delicia arcana*.»

Y todo lo demás de la epístola es por este estilo... Estilo muy *arcano* y un poco *albicante*...

Después hay una composición con este título: *En el álbum de Sara*, que empieza:

«Ríete, Sara, del que *torvo* estima
Eterno el duelo en la existencia humana...»
(*Pues ríete del vate que ahí encima
Hizo esa propia estimación insana.*)

Porque, efectivamente, en los primeros tercetos de la epístola á Rafael, á *Rara, á fe, Rafael*, afirmaba Oyuela eso mismo que aquí juzga cosa risible. Y aun algo más, como recordarán ustedes.

La siguiente composición lleva por título *La bóveda oscura*.

Es un romance, y empieza de este modo:

«*Junto á una bóveda oscura
De inmensos helados senos,
Donde imponentes vagaban
El Misterio y el Silencio,
Estaba una altiva joven,
En cuyo sereno aspecto
Solemne resplandecía
De la majestad el sello.*»

Defectos de estos ocho versitos:

1.º El adverbio *junto* muy impropio aplicado á una mujer y á una bóveda. ¿Cómo había de estar la joven *junto* á la bóveda?... ¿Suspendida de un cordel como una araña?... Si se tratara de una *columna* estaría bien el *junto*. Pero tratándose de una bóveda, la joven *altiva* estaría bajo la bóveda ó sobre la bóveda, no *junto*. ¡Si parece que estos vates académicos no han oído campanas en su vida!

Hay que usar las palabras con propiedad. ¡Tengamos acá lo de D. Antonio Cánovas,

cuando, traduciendo á Tomás Grossi, nos puso una golondrina *arrimada* á una ventana!...

2.º Los asonantes en medio de los versos, como *inmensos* y *senos*, *sereno* y *aspecto*, *Misterio* y *Silencio*, que aunque se escriban con letras grandes, como las escribe el autor, siempre son asonantes y están mal en un mismo verso. Y es más imperdonable este defecto tratándose de un romance donde hay gran libertad de elegir palabras, pues los consonantes no obligan.

3.º Los muchos adjetivos, pues cada sustantivo lleva el suyo, como la bóveda, que es *oscura*; el Misterio con eme grande, y el Silencio también con ese grande, que *son imponentes*; la joven, que *es altiva*; su aspecto, que es *sereno*; la majestad, que es *solemne*... y aun hay sustantivo que lleva dos, como los senos de la bóveda, que son *inmensos* (¡buena mentira!) y *helados*.

Y sigue:

«Clara antorcha de su mano
Alzábase al firmamento,
Cual si esparcir luz quisiera
Por sus ámbitos *inmensos*.»

Otra vez *inmensos*...

Pero si la joven altiva estaba debajo de la bóveda, ¿cómo había de esparcir la luz

de la antorcha, que alzábbase de su mano,
por los inmensos ámbitos del firmamento?...
A no ser que la bóveda estuviera rota...

Sigamos á ver si nos podemos enterar:

«Llena de mortal congoja...

¿Quién? ¿La bóveda ó la joven?...

Llena de *mortal* congoja,
Llena de *ferviente* anhelo
(*Llenos los versos de ripios...*
Muchas llenuras van siendo...)
Veía *ese* antro *profundo...*»

¿Ese? ¿Y cuál es *ese* antro profundo? ¿El
firmamento ó la bóveda?

El firmamento debe ser, porque es lo úl-
timo de que usted más ha hablado...

«Veía *ese* antro *profundo*,
De sombras y horror cubierto.
¿Qué es del que al mundo *arrancado...*»

Arrancado... Sí. Más malo que arranca-
do es usted como poeta, Sr. D. Calixto...

«¿Qué es del que al mundo *arrancado*
Rueda á ese abismo tremendo...»

Pero ¿á cuál? vuelvo á preguntar. ¿Al
firmamento ó á la bóveda?...

Y... nada, que no se puede averiguar eso.

La última composición del libro de las *Hojas sueltas* é insustanciales se llama *Impotencia*, y demuestra perfectamente la del autor para la poesía.

Pero á un escritor italiano de mal gusto se le ocurrió traducirla á su idioma, y he aquí que el autor, más hueco que un azucarillo, añade á sus *Hojas sueltas* la traducción italiana de su *Impotencia*, y la llama *excelente*, aunque es casi tan mala como el original.

Este empieza así:

«¡Oh! mil veces feliz, *cóndor* altivo...»

Así, *cóndor* con su acento... Estos americanos se empeñan en llamar *cóndor* al condor, y hay que dejarles...

«¡Oh! mil veces feliz, *cóndor altivo*,
Que el vuelo tiendes *con potente ardor*...»

¡Frase más académica!... Parece de Cañete. Y ni el Marqués de Molíns ni el Conde de Cheste hubieran usado otra...

«¡Oh! mil veces feliz, *cóndor altivo*,
Que el vuelo tiendes *con potente ardor*
A bañar tu plumaje en el *inmenso*
Piélagos de oro del *fecundo sol*...»

¡Alza! ¡Pilili!... Del *fecundo* sol... ¿Por qué ha de ser el sol *fecundo*?... Será fecundante.

«¡Oh! mil veces feliz, tú que en la altura
Sientes intenso...»

Sien... tes-intenso... ¡Muy bonito!...

«¡Oh! mil veces feliz, tú que en la altura
Sientes intenso y férvido vibrar.»

¡Atiza!... *Intenso y férvido...* y no añadió *concomitante*, porque ya no le hacía falta más relleno, que si no...

«El beso *eterno* que al *Criador* envía...»

No es verso, como diría el General Mitre á su compadre Charras; porque *Criador* tiene tres sílabas, y ahí no le ha dejado usted sitio más que para dos.

¡Hasta al *Criador* de todas las cosas y de los inmensos espacios le quieren estos vates oprimir y disputar el sitio!

«¿Por qué, si me negó naturaleza
De tu vuelo *imperial émulo ser...*»

¡Caramba, qué malito es eso de *émulo ser!*

Al que no lo lee y lo oye parece que le suena:

«De tu vuelo imperiale mulo ser.»

Vamos á ver en qué para el cuarteto:

«¿Por qué, si me negó naturaleza
De tu vuelo imperial émulo ser,
Encendió en mí estas ansias inmortales,
Esta de gloria *inmensa, inmensa* sed?»

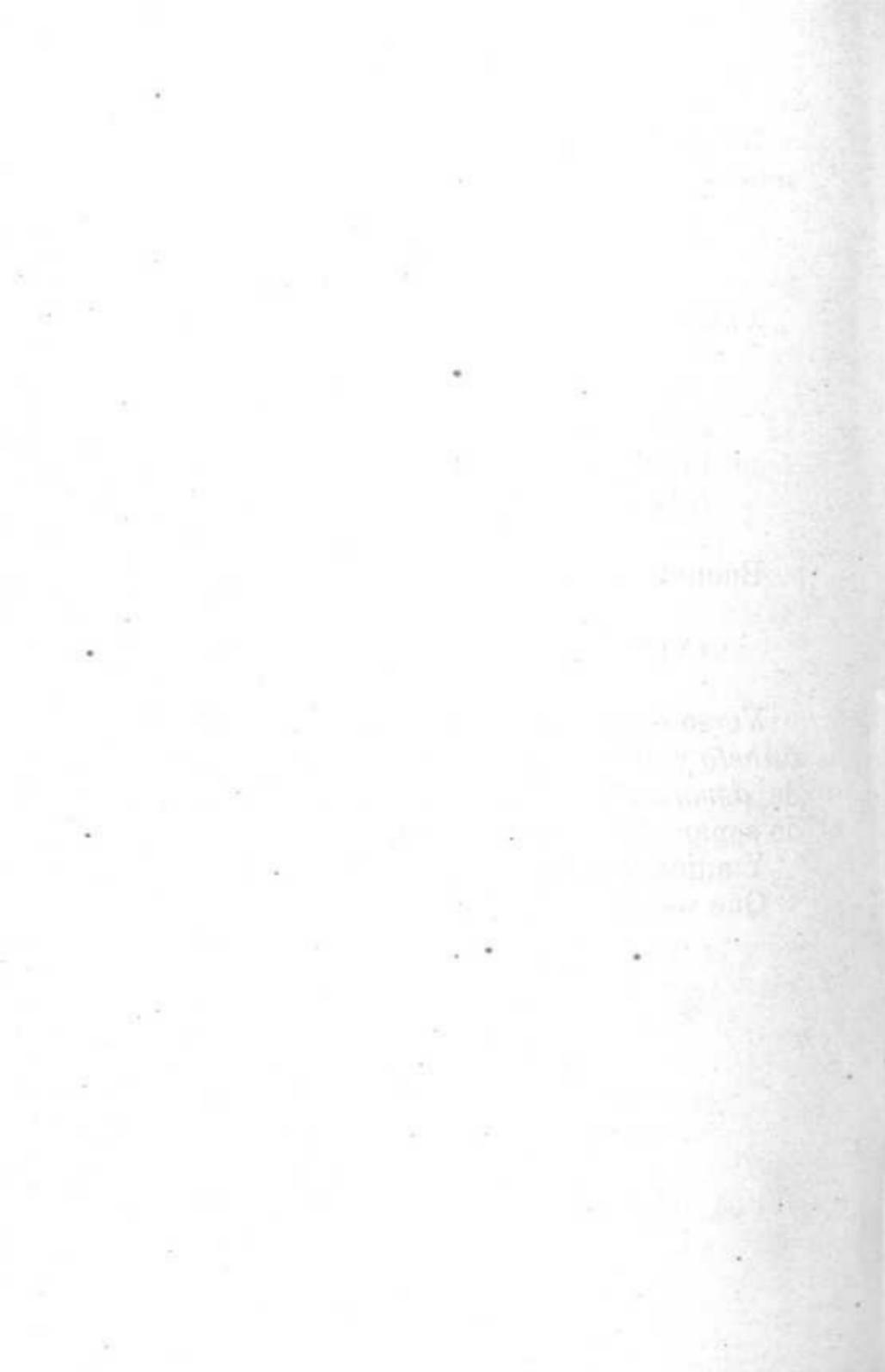
Bueno: *inmensa, inmensa*.

«Aquí este *anhelo devorante eterno*.»

Verso desgraciado. Por la asonancia de *anhelo* y *eterno*, y además por la cacofonía de *devorante eterno*, que no puede menos de sonar *devorante terno*.

Y adiós, Sr. Oyuela.

Que usted se alivie.



XIV

No pueden ustedes figurarse, no habiendo leído aquellas aburridoras *Cartas americanas* que D. Juan Valera publicaba hace unos años en *El Imparcial* y después ha coleccionado en un tomito muy mono que se vende en las librerías de viejo á tres perros chicos... no pueden ustedes figurarse las zalamerías y los parajismos que D. Juan hacía allí ante un libro de versos que D. Rafael Obligado, su autor, le había remitido desde Buenos Aires.

Hay que advertir que el Sr. Obligado también pertenece á la Real Academia Española, como el Sr. Oyuela, en clase de correspondiente.

«El libro de usted, decía D. Juan, agrada antes de leerle.»

«El libro de usted excitaría, además, cierta envidia en mí, si yo fuera propenso á sentir tan mala pasión.»

«Nunca hubo poeta en España que lograrse ó soñase siquiera *con* tener...»

¿Lograse *con* tener?...

¡D. Juan, D. Juan! Que con las glorias se le olvidan á usted las memorias...

El verbo *soñar* se puede construir con esa preposición *con* y sin ella. Mejor está sin ella, á lo menos cuando el complemento es, como ahí, otro verbo: mejor dicho está «soñó tener inspiración,» que «soñó con tener inspiración;» pero esto también puede decirse.

Mas es el caso que el verbo *lograr* no puede llevar nunca ese *con*, á no ser después de otro complemento, sea verbo ó sea nombre, que es cuando puede añadirse un ablativo instrumental; verbigracia, si hablando de algún personaje político-académico, dijéramos que «ha *logrado* altos puestos *con* su audacia.»

Y como usted ha unido ahí con una conjunción los dos verbos *lograr* y *soñar* y pone usted después del segundo ese *con*, resulta usted diciendo que «nunca hubo poeta en España que *lograse con* tener tan elegante edición de sus versos,» lo cual, dicho sea con muchísimo respeto, me parece que es un solemne disparate...

Y siguió D. Juan elogiando el libro de versos del Sr. Obligado.

«El magnífico retrato de usted y los de-

más grabados y viñetas, son modelo de buen gusto y de gracia...»

«El papel, la impresión... todo es bellísimo...»

—¿Y los versos?—preguntarán ustedes...

Bellísimos también, si hemos de creer á D. Juan, cosa que yo no haré ni aconsejaré á ustedes ni á nadie.

D. Juan decía que al ver el libro tan primorosamente impreso había tenido sus temores de que todo el mérito estuviera en la estampa; pero que luego esos temores desaparecieron por fortuna. ¡Oh, gran fortuna!

«Leí los versos, decía textualmente Don Juan, y hallé que merecen estar tan bien impresos y tan *ricamente* adornados de *primorosas* láminas.»

Vamos á ver si es verdad... Pero ya verán ustedes cómo no lo es.

Y para que no vengan luego ladrándome de allá los gozquecillos de la contracrítica, ó diciendo en su lengua que critico con mala intención ó con mala fe, y que escojo para criticar los versos peores de cada poeta, los versos descuidados que todos los poetas tienen, cual más, cual menos, del libro *primoroso* de D. Rafael voy á presentar á ustedes la flor y nata, los versos mejores.

Digo, me parece que serán los mejores,

siendo los que D. Juan Valera ha copiado lleno de entusiasmo académico, para complemento y comprobación de sus alabanzas.

Después de afirmar que el Sr. Obligado posee «la facultad de reflejar *á modo de claro y mágico espejo* la naturaleza circunstante, *hermoseándola y depurándola en la imagen*» (lo cual ya no sería reflejar), y tras de añadir que el Sr. Obligado posee además «*el arte y la forma adecuada* para que esta imagen pase sin disiparse ni afearse al pasar desde la mente» de D. Rafael á las mentes de los demás académicos, digo, de los demás hombres, «hiriéndolas y penetrándolas», presentaba D. Juan esta muestra:

«Como surgiendo de *silente* abismo...»

¡Bueno!

Al primer tapón... *silente*...

La *academicidad* del autor está ya demostrada con ese epíteto, aun cuando su inspiración de poeta, su facultad de reflejar «á modo de claro y mágico espejo» y todas las demás facultades que D. Juan le atribuye, no aparezcan todavía.

Vamos á ver si las hallamos.

«Como surgiendo de *silente* abismo,

El mundo *americano*

Alborozado se escuchó á sí mismo...»

En los mundos es nuevo eso; en los oradores no, porque muchos hay que se escuchan.

Pero ni escuchándose á sí mismo ni escuchando á los demás, es agradable esa asonancia de *americano*, final del verso segundo, con *alborozado*, primer hemistiquio del tercero...

Vamos adelante.

«Como surgiendo de *silente* abismo,
El mundo *americano*
Alborozado se escuchó á sí mismo;
El Plata oyó su trueno...»

¿Qué trueno ni qué ocho cuartos?...

¿No ha dicho usted que el mundo americano surgía de un abismo *silente*... ó traduciendo al castellano el revesado latinismo, de un abismo callado ó silencioso?...

¿Quién dió ese trueno que oyó el Plata?...

¿Algún banco?...

De estos truenos no ha dejado de haber por allá; pero éstos son truenos silenciosos... Se *sienten* más que se oyen...

¡Siempre nos quedaremos sin saber de qué trueno se trata!... Como si lo viera.

Porque del Plata mismo no será el trueno... Los ríos no suelen tronar... En fin, sea de quien quiera.

«El Plata oyó su trueno;
La Pampa sus rumores,
Y el verjel tucumano,
Prestando oído á su agitado seno...»

Un verjel que tiene seno... agitado y que le presta oído... Para lo cual necesita tenerle... Luego también tiene oído...

Se conoce que ese verjel tucumano es una maravilla.

«El Plata oyó su trueno;
La Pampa sus rumores,
Y el verjel tucumano,
Prestando oído á su agitado seno,
Sobre el poeta derramó sus flores...»

¿Y para derramar sus flores sobre el poeta necesitaba el verjel prestar oído á su propio seno... agitado?

¡Qué cosas, señor, qué cosas pasan!

Vamos, pasar, *no pasan*; pero quieren ciertos vates y D. Juan Valera que *pasen*.

Sigamos hasta ver por entero el prodigio.

«Desde la yerba humilde
Hasta el ombú, de copa gigantea;
Desde el ave rastrera...
(Para que la asonancia siempre hiera
Del lector el oído)
Desde el ave rastrera, que no alcanza
De los cielos la altura,

(Siendo RASTRERA, ya se lo figura
 Todo lector discreto,
 Sin leer ese ripio tan completo)
 Hasta el CHAJÁ... (¡Dios mio!... ¿qué será?
 ¿Acaso algún pariente
 Próximo del OMBÚ?... Probablemente...)
 Hasta el chajá que allí se balancea,
 Y á cada nube oscura
 A grito herido sus alertas lanza,
 Todo tiene su acento
 En su estrofa divina...»

En la estrofa divina de Echeverría, otro argentino que escribía versos medio en francés, y á quien parece que está dedicada la composición. Esto, al cabo, se entiende. No siempre podremos decir otro tanto.

«Todo tiene su acento
 En su estrofa divina,
 Pues no hay sopro, latido, movimiento
 Que no traiga á sus versos el aliento
 De la tierra argentina.»

Aquí es donde ya no hay modo de entender lo que el Sr. Obligado quiere decir, ni por aproximación siquiera...

No se sabe si quiere decir que el aliento de la tierra argentina trae á los versos de Echeverría todo sopro, latido y movimiento, todo cuanto en ellos hay, ó si, por el

contrario, quiere decir que todos los soplos, latidos y movimientos traen el aliento de la tierra argentina á los versos del mencionado *poeta*.

En una palabra, que no se sabe quién trae y á quién, ni quién y por quién es traído.

Una vez se le presentó á D. Francisco Navarro Villoslada un estudiante solicitando una plaza de redactor de *El Pensamiento Español* para ayuda de hacer su carrera de Filosofía y Letras.

Llevaba recomendación de una persona á quien Villoslada quería complacer, por lo cual comenzó á examinar al joven á ver para qué podía servirle.

Menos inmodesto, al parecer, que la generalidad de los pretendientes, que suelen servir para todo, fué contestando negativamente el estudiante á varias preguntas del ilustre periodista...

No se determinaba á escribir sueltos de fondo, porque no sabía lo que eran.

Tampoco creía poder traducir de los periódicos italianos y franceses, porque sabía muy poco francés y no sabía nada de italiano.

—Pues dígame usted á ver qué es lo que usted puede hacer para el periódico,—le dijo por fin mi excelente amigo y maestro.

—Podría traer noticias,—contestó el muchacho.

—Bueno, pues salga usted por ahí á ver si trae usted alguna noticia,—le dijo Don Francisco en su deseo de atender á la recomendación, por más que allí, en *El Pensamiento*, no se daba á las noticias principal importancia, y solían tomarse de otros periódicos.

Salió el estudiante de la redacción, que estaba en la calle de Pelayo, y volvió á poco rato contando que allí cerca, en la calle de Válgame Dios, un perro había mordido á una señora al bajarse de un coche de punto y mientras estaba pagando al cochero.

El Sr. Villoslada le mostró la mesa grande de la redacción, donde había tinteros, plumas y cuartillas, y le dijo que escribiera la noticia para enviarla á las cajas.

Al cabo de unos veinte minutos, después de haber roto cinco ó seis cuartillas á medio escribir, volvió el estudiante al gabinete del Director, presentándole otra cuartilla del todo escrita, en la que al fin había conseguido relatar el suceso.

—No está del todo mal—le dijo, entre bondadoso é irónico, el buen D. Francisco al acabar de leer;—pero queda el sentido algo confuso... Parece que el que mordió á la señora fué el cochero, y que el perro era el que se bajaba del coche: vuelva usted á ver si lo redacta de otro modo que resulte más claro.

Obedeció el estudiante; sentóse otra vez á escribir, y después de haber inutilizado otra media docena de cuartillas, unas apenas empezadas, otras ya casi concluidas, volvió á presentarse al Director con la noticia, que D. Francisco leyó atentamente.

—Todavía no está bien del todo—le dijo D. Francisco, —porque ahora parece que fué la señora la que mordió al cochero... y al perro... Dé usted otra vuelta al período ese, á ver si logra usted dejarle de modo que se entienda.

El estudiante dió la vuelta... hacia su casa, sin porfiar más, convencido de que no servía para el paso.

Y una resolución análoga debió haber tomado el vate argentino, al ver que, después de dar á sus versos dos ó tres vueltas, que de seguro se las habrá dado, resultaban todavía los soplos y los alientos mordiéndose unos á otros y todos á la sintaxis, como la señora resultaba mordiendo al perro y al cochero en la noticia del aspirante á periodista.

Una resolución análoga debió haber tomado: la resolución de echar los versos al fuego y dejar el oficio.

Pero ¡sí! ¡Cualquier día se decide un vate de éstos á dejar la lira, ó la lata, ó lo que maneje!...

Antes morir, como dijo Quintana en un verso insufrible:

«Antes morir que consentir tir...anos.»

Con que ni siquiera el Sr. Montes de Oca, *Ipandro Acaico*, y eso que como Obispo católico estaba más especialmente obligado á ser modesto y humilde, ha querido tomar éste mi buen consejo...

Por el contrario, á mi excitación de que quemara sus versos insulsos, paganos y hasta obscenos, ha respondido publicando una edición nueva.

Como diciendo: ya que no quieres caldo... tres tazas...

¡Para que se desprendan de su vanidad y de sus versos los otros vates láicos ó profanos!...

Verdad es que el referido Sr. Montes de Oca ha corregido algunos versos de los censurados por mí; pero así y todo, la nueva edición resulta muy quemable.

Mas volvamos al Sr. Obligado, que sigue refiriendo prosáica y trabajosamente los *milagros* de Echeverría, y dice:

«Una tarde sintió dentro del pecho
Esa fuerza expansiva
(¿Dinamita que llaman?... ¿voló el techo?)
Que hace parezca el horizonte estrecho...»

Que hace parezca...

¡Vamos!... ¿Le parece á usted, Sr. Valera, que eso es poesía?

Ni aun en prosa pueden pasar esos dos verbos juntos en el mismo tiempo, número y persona.

Ni aun en prosa emplea nadie en España esa construcción cursi, como no sea algún escribiente de algún juzgado.

Sólo en esa literatura criminal en todos sentidos, se puede encontrar alguna construcción así.

¡Que hace parezca!

¡Y la emplea este académico argentino en una oda altisonante!

¡Y le aplaude otro académico español tantísimo!...

Pero siga D. Rafael:

«¡República Argentina, madre mía!

(Con asonancia impía)

Felices ¡ah! los que tu sien miraron...

De frescos lauros coronarse un día...

(No sé cuándo sería)

Y anillo por anillo las cadenas

De la oprobiosa esclavitud trozaron...»

(Se dice destrozaron,

Ó se dice tronzaron,

Ó se dice quebraron:

Cualquier cosa primero que trozaron,

Que no es verbo ni Chestes lo fundaron.)

Siga usted:

«Para aquellos *heróicos corazones...*»
 ¡Cóscora!... ¡Qué dicciones!
 ¡Y qué *aliteraciones!*...)

Ni á propósito se puede hacer peor, Don Rafael amigo.

«Para aquellos *heróicos corazones*
 Era música *grata*,
 (*Ciertamente: ¡ca grata!*)
 Del Pacífico al Plata,
 El *solemne tronar* de tus cañones.
 Sólo á ellos *fué dado*
 (*¡A los cañones?... Sí, por de contado;*
Y les fué dado en prosa, ¡buen recado!)
 Contemplar esa *mágica belleza*,
 (*¡Los cañones contemplan?... ¡Es proeza!*)
 Con que, rotas las brumas del pasado,
 Se levantó tu juvenil cabeza.
 (*¡Se levantótu?... ¡Sin cesar tropieza!*)
 Sólo á ellos beber en el reguero...
 (*¡Los cañones beber?... No lo digiero*)
 De *viva luz*, que derramó en tu frente,
 De Moreno, la mente,
 (*Lo que usted derramó fué muchas comas*)
 De San Martín el *inflexible acero.*»
 (*Y basta ya de bromas.*)

Así continúa la composición que tanto entusiasmo al pobre D. Juan.

Así está toda llena de ripios, de prosaismos, de durezas y de oscuridades.

Y de versos como éste:

«Con qué íntimo gozo.»

Que quiere ser heptasílabo y no tiene más que seis sílabas, y podía tener las siete completas sólo con que el vate hubiera sabido sustituir el *qué* por un *cuán*, en esta forma:

«Con cuán íntimo gozo

Tus hijos *fuertes* en su amor *profundo...*»

Y epíteto va y epíteto viene...
Otro verso dice:

«Que á un pueblo oprimen de otro pueblo
[en brazos.]»

¡Eche usted tela!... Parece que no se acaba nunca.

Y otro dice:

«Que la conciencia de la Patria, *atada...*»

¡Patriatada!... ¡Patriatada!...

¡Y pensar que de esta composición, toda llena de *patriatadas*, dice D. Juan Valera que es sublime, y en ella se funda para afir-

mar que el autor «*tiene la facultad de reflejar á modo de claro y mágico espejo la naturaleza circunstante, hermosedndola!...*» etc.

¡Don Juan, Don Juan! No lo imploro
Porque esa es tu obligación...
O dejas la adulación,
O te silbamos á coro.

XV

En la erupción poética, ó antipoética más bien, que padecieron todas las repúblicas hispano-americanas al recibir hace años la noticia de que la Real Academia Española iba á emprender la publicación de una Antología de poetas de allá, le salieron al Ecuador varios granos, digo, varios tomos de versos con el título de *Parnaso ecuatoriano*; á Guatemala una *Galería centro-americana*, del bulto de un celemín; á Colombia un *Parnaso bogotano* muy corpulento; á Méjico una *Lira yucateca*, un *Libro nacional de lectura* y otros granillos más menudos; á Costa-Rica una *Lira costaricense*, en dos tomos en 4.º, bastante grandes; á la República Argentina una *América literaria* de dos tomos enormes en folio...

Todos estos materiales y otros muchos empezaron á venir como un aluvión sobre el infeliz Marcelino Menéndez, que era el

encargado por la Academia de formar la Antología susodicha; y el pobre ex-muchacho, al verse envuelto ya y medio ahogado entre ripios y amenazado todavía por la corriente que seguía viniéndosele encima, tuvo una idea salvadora: la de anunciar que sólo figurarían en la colección los poetas muertos.

Idea feliz ciertamente, aunque poco caritativa, pues llevaba anejo el peligro de que algunos vates apelaran al suicidio, como medio de ocupar en la Antología el puesto deseado.

Desde el primer momento me asaltó este temor, y me confirmé en él cuando ví que no era á mí solo á quien había ocurrido; pues hablando del caso unos días después con un amigo, ingenioso escritor, al darle yo noticia de la determinación de Marcelino, exclamó en el acto como si hubiéramos estado de acuerdo:

—Pues hace mal, porque tan vanos son, que alguno será capaz de suicidarse para salirse con la suya de que le pongan en el libro.

Después no he seguido con atención el asunto; pero seguramente se habrá dado algún caso.

De todos modos, es lo cierto que Marcelino, con esa idea de poner á la muerte por coladera, se libró de muchísimo fárrago, y

que los americanos quedaron descontentos de la rigurosa regla de exclusión, y se quejan de que en los tres tomos de la Antología abultan más los prólogos que los versos, mientras á Marcelino, por el contrario, le remuerde la conciencia de haber tenido la manga demasiado ancha todavía, de haber coleccionado versos demasiado inferiores...

En fin, el caso es que en esa *América literaria*, de Buenos Aires, que arriba queda mencionada, figuran, además de la *Oda á Echeverría*, otras varias composiciones del mismo D. Rafael Obligado y académico.

Entre ellas, una titulada *El Hogar paterno*, que es muy notable.

Por lo mala, se entiende.

Empieza así:

«¡Oh mis islas amadas...»

Buen principio, ¿eh?

O *mis... is...*

«¡Oh mis islas amadas, dulce asilo

De mi primera edad!

¡Añosos algarrobos, viejos *talas*

Donde el boyero me enseñó á cantar!»

Bien se conoce que fué el boyero quien le

enseñó. Porque todavía está usted en disposición de aprender.

Para no cantar endecasílabos como éste:

«*Que así destruía un inocente hogar.*»

¿Le parece eso á D. Juan Valera un verso endecasílabo?...

Y no es lo más malo que los versos no sean buenos, sino que las estrofas á veces no tienen sentido ninguno.

«Esta la caña de pescar volvía,
Enviando en derredor
Menudas gotas, que al caer brillaban
En los cabellos de las otras dos.»

No se comprende cómo, de *volver* la caña de pescar, se siga esa lluvia de gotas.

«Batiendo luego las *rosadas* palmas
Reía, porque vió
Medrosa hundirse en la corriente un ave
Al *desusado* y *repentino* son.»

Repentino... Pchs... Repentinos son todos los sonos.

Pero ¿*desusado*? ¿Por qué ha de ser desusado el son de las palmas?...

Digo, suponiendo que fuera al son de las palmas *rosadas* al que se hundió el ave;

porque, en realidad, no se sabe á qué ton-
ni á qué son vino el hundimiento.

Y sigue:

«¡Oh dulces años! *Por entonces era...*»

No, señor. *Por entonces* no era... poe-
sía. Ni ahora tampoco.

«¡Oh dulces años! *Por entonces era*
Nuestro goce mayor
Hurtar las flores que en las islas *abren*,
Y de *sus* aves escuchar la voz...»

¿De las aves de las flores?...

¿De las flores que *abren*?...

¡Ni gramática siquiera, D. Juan, ni gra-
mática siquiera sabe su recomendado, el del
libro bonito!

Porque de las flores no se puede decir que
abren, sino que *se abren*.

A no ser que se diga que *abren sus cá-*
lices. Pero el vate no lo dice.

Y decir que las flores *abren* sin decir
qué, no es castellano.

Y luego las aves, que el vate querría, de
seguro, que fueran de las islas, resultan
por la fuerza de la sintaxis ser de las flores;
porque las islas no han figurado en la ora-
ción como sujeto, sino incidentalmente.

¡Qué lástima! Un asunto tan hermoso como era éste de *El hogar paterno*, con toda la poesía que encierran los recuerdos de la infancia pasada en el campo... ¡y haberle echado á perder así!...

Siempre lo de Horacio: *Carmines foedo splendida facta linunt.*

Otra mala obra del Sr. Obligado figura en la *América literaria*: la titulada *Santos Vega*.

De ésta no copió nada el bueno de Don Juan en sus *Cartas americanas*; pero la elogió hasta por allá arriba...

«A más de *excelente poeta lírico*—decía D. Juan á D. Rafael, así á boca de jarro,—me parece usted *buen poeta narrativo*, según el *testimonio brillante* que de ello da en la leyenda de *Santos Vega*...»

Y poco después vuelve á segundar, diciendo:

«Justo es, no obstante, que usted *dé á Santos Vega* las alabanzas que merece, por más que, *al dárselas*, se *las dé* (¡qué estilo!) escribiendo tan *preciosa leyenda*, y *quándole* (¡dale que le das!) envidia de la *due* el pobre *Santos Vega* sería capaz de morirse, si ya en la lucha con el trovador y mago intruso no hubiera muerto.»

Pues ahora han de saber ustedes que esta *preciosa leyenda* que sirvió á D. Juan de *testimonio brillante* para declarar á D. Ra-

fael *buen poeta narrativo*, es una leyenda tan deslavazada y tan mala, que casi no puede ser peor, ó á lo menos no se sabe cómo pudiera serlo.

Está escrita en décimas, á imitación de *El Vértigo* de Núñez de Arce, en cincuenta y seis décimas; pero de tal calidad, que para leerlas seguidas se necesita más vocación de mártir que para llevar seguidos cincuenta y seis azotes.

Bien saben ustedes, los que hayan leído á Núñez de Arce, que *El Vértigo* es de lo más malito que tiene D. Gaspar; y no digo lo más malo en absoluto, porque la estrambótica y prosáica *Visión de Fr. Martín* me estorba decirlo con justicia.

Bueno. Pues con ser *El Vértigo* de lo peor de Núñez de Arce, lean ustedes aquellas décimas una vez más, é inmediatamente después de acabar la última pónganse ustedes á leer las de la *preciosa leyenda*, que dice D. Juan; y si hubiera quien pasara voluntariamente de la cuarta, creo que me dejaba cortar cuatro dedos.

Empieza así:

«Cuando la tarde se inclina
Sollozando al Occidente...»

La tarde no se inclina: se inclina el sol ó el día, poéticamente hablando, por supues-

to, y el efecto de esa inclinación se llama la tarde.

¡Y que no estará fea ni nada una tarde *sollozando!*...

Segunda décima:

«Cuentan los *criollos del suelo* ·
 (¡No, que serán los del cielo!)
 Que en *tibia* noche de luna,
 (Si no es *tibia*, no hay fortuna)
 En *solitaria* laguna,
 Para la sombra su vuelo;
 Que allí se ensancha, y un *velo...*»

Sí, ó un pañuelo, ó un anzuelo... La cuestión es que sea consonante de *vuelo*...

Porque para eso precisamente, para que la sombra parara su *vuelo*, hemos advertido que los *criollos* eran *del suelo*.

O los *crollos*, que es como hay que pronunciar para que el primer verso sea octosílabo.

«Que allí se ensancha, y un velo
 Va sobre el agua formando,
 Mientras se goza escuchando
 Por singular beneficio...»

Por singular ripio, querría usted decir, porque sólo para relleno y consonante ha podido venir ahí ese beneficio, que no se

sabe si es *curado* ó *simple*, pero que desde luego se ve que es *incóngruo*...

«Cuentan que en noche *de aquéllas*
(En que hay ó en que no hay estrellas)
 En que la Pampa se abisma
 En la extensión de sí misma
 Sin su corona de *estrellas...*»
(Ya lo dije: era por ellas
Lo de la «noche de aquéllas.»)

Otra vez:

«Cuentan que en noche *de aquéllas*
 En que la Pampa se abisma
 En la extensión de sí misma
(¡Muy bonita... figurisma!)
 Sin su corona de estrellas,
 Sobre las *lomas más bellas*
(¿Las lomas más?... ¿Quién son ellas?)
 Donde hay *más trébol risueño...*»

¿Otro *más* todavía?

Las *lomas... más... más...*

«Sobre las *lomas más bellas*
 Donde hay *más trébol risueño*,
 Luce una antorcha *sin dueño*
(Por el dueño no hay empeño;
Palmatoria es más precisa).
 Entre la niebla *indecisa*,

Para que *temple* la brisa
Las *blandas* alas del sueño.»

¡Perfectamente!

Una antorcha... que luce... *sin dueño*, como si el *dueño* hiciera falta para que luciera la antorcha... Y luce precisamente entre *una* niebla... indecisa... y ¿para qué?... para que la brisa *temple* las alas del *sueño*, que naturalmente son *blandas*...

¡Cuidado que es... poetizar!

Para que *temple* la brisa...

No acierto á pasar adelante... La brisa, por lo visto, es enfermera ó cosa así del sueño, y tiene que templarle las alas... Para eso luce *sin dueño*, detalle importante, una antorcha entre una niebla que no sabe qué hacer, que está indecisa en las *lomas-más*... donde hay *más* trébol *risueño*, en noche *de aquéllas* en que no hay *estrellas* y la Pampa se *abisma* en sí *misma*... ó en que la Pampa se duerme á la pámpana rota...

«Mas si trocado el *desmayo*

¿Qué *desmayo*?

En tempestad de *su* seno...»

¿De qué seno?... ¿Del seno de quién? ¿Del *desmayo*, del *sueño*, de la brisa, de la nie-

bla ó de la antorcha que luce sin dueño?...
 Y en estas dudas hay que andar siempre,
 ó en otras mayores, desde que se empieza
 la lectura hasta que se acaba.

«Yo, que en la tierra he nacido
 Donde ese genio ha cantado,
 Y el *pampero* he respirado
 Que al *payador* ha nutrido...»

El *pampero* han de saber ustedes que es un viento, el viento de la Pampa; de modo que, según el vate académico, el *payador* ó trovador Santos Vega se nutría del viento, como los camaleones.

Otra décima empieza así:

«Santos Vega cruza el llano
 Alta el ala del sombrero,
 Levantada del *pampero*
 Al impulso soberano...»

Sí, al impulso soberano del ripio; porque la colocación ahí de esos dos versos que no tienen importancia ninguna en la composición, especialmente el segundo, no ha podido obedecer á otro impulso...

¿Cree el vate que se necesita un *impulso soberano* para levantar el ala de un sombrero?...
 Y sigue:

«Viste poncho americano,
Suelto en ondas de su cuello...»

¿En ondas *de su cuello*?... ¡Cualquiera lo entiende!

«Y *chispeando* en su cabello
Y en el bronce de su frente...»

¿Pero quién chispea? ¿El poncho americano, ó el cuello con ondas?...

«Y *chispeando* en su cabello
Y en el bronce de su frente,
Lo cincela el sol poniente
Con el último destello...»

Pero ¿qué es lo que cincela el sol poniente?...

Viste poncho americano (*el payador*),
suelto en ondas de su cuello, y chispeando
en su cabello y en el bronce de su frente;
no el cuello ni el poncho, sino el sol, que
viene detrás, *lo cincela*...

¿Será al payador?...

¡Mire usted que un sol poniente que cincela chispeando!...

Y sigue el vate:

«Le ve venir: *su mirada*,
Más que la tarde, serena,
Se cierra entonces sin pena...»

Es claro; porque hay que aconsonantar con *morena*.

De modo que la mirada, que ya hemos tenido cuidado de que fuera *serena*, se cierra *sin pena*; pero no sin ripio.

Ni sin disparate. Porque me parece que lo es, y bien grande, eso de *cerrarse la mirada*.

Se cierran los ojos, y es muy conveniente cerrarlos para no leer ciertas cosas; pero ¿la mirada?...

¿Dónde ha oído decir ó dónde ha leído el Sr. Obligado eso de *cerrar la mirada*?...

¡Y pensar que de estas décimas estrapajosas dice D. Juan Valera, en su revesado y académico estilo, que «*son no menos fluidas, bien hechas y ricas de rimas que las décimas empleadas por Núñez de Arce... en descripciones y narraciones!*...»

Diga usted que no, D. Gaspar, que eso es una injusticia de su compañero de Academia.

Yo, que con mi habitual rectitud le he acusado á usted de desigual, de adjetivador y de ripioso, porque lo es usted á ratos, sincera é imparcialmente le defiendo á usted ahora contra la valerina chifladura, y digo que comparar las décimas del Sr. Obligado con las de usted es una especie de blasfemia literaria.

Aún hay clases... de décimas.

Y mientras las del *Vértigo* de usted son algunas, aunque pocas, de primera, y la generalidad de segunda, las del Sr. Obligado son, las menos malas, de cuarta ó de quinta.

Después de aquel descubrimiento de *cerrar la mirada* en lugar de cerrar los ojos, dice en otra décima el Sr. Obligado:

«Sobre la curva *lomada*
Que *asalta* el cardo bravío...»

Lomada, Sr. Obligado, no es una loma, como usted cree, sino una caída de lomo; y decir que el cardo *asalta* una loma por decir que la puebla, es una figura muy bien extravagante.

Otra decimita.

El vate, describiendo una diversión de *gauchos*, dice:

«Uno, al fin, tras la *pechada*
Del caballo, *recia* y *fija*,
Logra asir de la manija
La *presea* codiciada...»

Bueno. En primer lugar, *una pelota de cuero con dos manijas* no es una presea, será un juguete. Presea es alhaja de valor, ó por lo menos mueble de utilidad que se tiene en gran estima.

Y en segundo lugar, la *pechada* del caballo puede ser *recia*, eso sí... ¿pero *fija*?... ¿Cómo y por qué ha de ser *fija*?...

¿Cómo?... De ninguna manera. A no ser que el caballo apechador ó apechugador se quedara para siempre pegado al otro, al apechugado...

¿Por qué?... Por preparar consonante á *manija*... No puede ser por otra cosa.

Vamos á repetir:

«Uno, al fin, *tras la pechada*
Del caballo, *recia* y *fija*,
Logra asir de la *manija*
La *presea* codiciada;
Cae su dueño; *atropellada*...»
(*Cae también la prosodia*;
Y la sintaxis, que odia
Semejantes confusiones,
Se pone unos pantalones
Y canta la palinodia.)

¿Ve usted qué fácil es hacer décimas así al *vultum tuum*?...

Pero vamos á cuentas.

«*Cae* su dueño, *atropellada*...» no es verso octosílabo, porque *cae* tiene dos sílabas, y ahí, si eso ha de ser verso octosílabo, no se le consiente tener más que una.

Y después ¿qué dueño es el que *cae*? ¿De qué es dueño el caído?... ¿De la *pre-*

sea, ó dígase de la pelota de cuero con dos manijas, mal llamada *preseá*?... No, señor: ésta no tiene *dueño*; es el instrumento del juego y es de todos: no puede tener sino poseedor momentáneo...

Sigamos:

*Cae su dueño; atropellada
Su horda sufre mil azares...*»

¿Qué *horda*? ¿La horda del dueño de la *preseá*?... ¿Y de qué es esa horda?... No se sabe... No se sabe nada... ni de lo pasado ni de lo siguiente:

«*Cae su dueño; atropellada
Su horda sufre mil azares,
Y, la espuela en los ijares,
La triunfante abate, huella...*»

¿Van ustedes entendiendo algo?... Me figuro que no. Sin una perspicacia académica, como la de D. Juan Valera, esto no se entiende...

Verdad es que D. Juan tampoco lo entendió... De seguro.

*Cae su dueño; atropellada
Su horda sufre mil azares,
Y, la espuela en los ijares...
(¿Una en ambos?... no te pares)*

Y la espuela en los ijares,
La triunfante abate, huella,
Revolviendo *por* sobre ella
Cual la tromba de los mares.»

No me pregunten ustedes quién es la triunfante que abate, huella, ni qué es lo que abate, huella, ni qué es lo que revuelve *por* sobre *ella*, ni quién es *ella*.

No me pregunten ustedes nada... porque no lo sabría contestar.

Me he quedado lo mismo que ustedes, y, como dice el guardia municipal del saine-
te de Ricardo Vega, *non vuelvu de mi apo-
teosis*.

¡Dios mío!... ¿Pero le darán algo á Don Juan por llamar á esto *testimonio brillante de buena poesia descriptiva, y preciosa leyenda, y décimas fluidas bien hechas y ricas de rimas?*...

Porque también, para decir esas cosas y no ganar nada, más le valía... lo que dice el proverbio.



XVI

¡Qué periódicos los de América!... ¡Con decir á ustedes que suelen ser casi tan malos como las revistas!...

Por cualquier plana que se los mire, aunque sea por la de los anuncios, se los ve siempre llenos de versos naturalmente criminales, sin que las prosas sean mucho mejores.

Y luego... ¡saber que saben aquellos periodistas!...

Es decir, saber, á lo mejor no saben nada; pero escriben de todo, de todo absolutamente.

Lo que es cuando son protestantes no hay coto ni valla que los detenga.

En un periódico de San José de Costa-Rica, que se llama *El Pabellón liberal*, me encontré una vez con que un tal *Gustavo Adolfo* escribía un artículo sobre asuntos de religión con el solemne título de *Polé-*

mica, debajo del cual se leía este otro rengloncito entre paréntesis: *urbis et orbe*.

¡Bien hecho! dije para mí.

¿Por qué había de ser la gramática latina más privilegiada que la Religión católica?

De protestar, se protesta contra todo: se protesta, es decir, se disparata, no sólo contra la Religión, sino también contra el latín y contra el castellano.

¡*Urbis et orbe!* ¡Un genitivo y un ablativo, casados civilmente por medio de una sencilla conjunción copulativa!

El hombre, ó mejor dicho, el protestante, se conoce que había oído algo así como *urbi et orbi*, y no lo había entendido, y lo quiso repetir sin entenderlo.

Mas lo gracioso del caso es que quien comienza su escrito estampando tan enorme disparate, discute luego largo y tendido contra un sacerdote y pone las peras á cuarto á la Iglesia infalible.

Y vayan ustedes á meter en la cabeza á este pobre diablo la necesidad de asistir á las aulas de un Seminario, ó cuando menos á una escuela de primeras letras y á un estudio de latín antes de ponerse á discutir en los periódicos sobre teología...

¡Quiá!... ¡Imposible!

Porque lo que él dirá seguramente. Pues si hay necesidad de estudiar para dis-

cutir esas cosas, ¿de qué sirve entonces el libre examen?...

Después de afirmar que hay un proverbio que dice que «el pintar es como querer», se mete el hombre en teologías y combate como absurda esta proposición católica: «Cuando falta la intención en el bautizante, no hay verdadero sacramento.»

¿Que cómo la combate?...

¡Tomal! Pues diciendo perrerías de los curas; diciendo que los curas mienten, odian, se embriagan, etc., etc., y añadiendo muy serio:

«Yo, protestante, me considero válidamente bautizado... Pero los católicos no pueden considerarse válidamente bautizados, porque...» como los curas son todos tan malos y tan bribones, nunca tienen intención de bautizar cuando bautizan.

Esto último no lo dice Gustavo así *in terminis*; pero lo da á entender.

Y no entendiéndolo así, no sale el argumento.

Verdad es que el argumento de todas maneras es falso.

Como lo son todos los que emplea Gustavo en el resto de su artículo para negar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, y el Sacramento de la Extremaunción, y todo lo que le da la gana.

Pero ¡quítenle ustedes la gloria de haber escrito *urbis et orbe!*

Se me dirá que parecidos disparates se publican en revistas y periódicos de España, y aun se me citará el ejemplo reciente de Doña Emilia Pardo Bazán, que acaba de matar una garduña al vuelo en el *Blanco y Negro*, y aun después de muerta se enseña en describirla diciendo que medía tres cuartas de una punta á otra *de las alas*.

Pero el caso de Doña Emilia Pardo Bazán no vale para formar regla, porque tan ignorante como esta buena señora no hay nadie en España.

Ni aun en la Academia.

Ni Balaguer mismo.

Pues si bien éste dotó de plumas á la gacela, al fin la gacela es un bicho exótico, y el desconocer su forma, cualidades y circunstancias no es tan grave, ni con mucho, como el creer que vuela la garduña, que vive entre nosotros.

Pero nada: Doña Emilia se conoce que había oído decir que la garduña persigue á las gallinas y á las palomas, y sin saber más, fué y se inhibió como acostumbra, y nos la hizo *ave* de rapiña...

¡Pobre Doña Emilia! Ella que se reía tanto cuando yo la dije que un vate americano hacía rumiarse á una yegua... ¡Cuánto más de reír es el hacer volar á la garduña!...

Por lo que toca á los librepensadores, verdad es también que los de por acá disparatan lo mismo que los de cualquier otra parte del mundo.

Pero tenemos la ventaja de que acá, en España, los librepensadores no son más que cuatro gatos.

Y los gatos me perdonen la frase.

Ellos, no los gatos, sino los librepensadores, á veces alardean de ser muchos y de llevar muy bien sus cosas; pero á lo mejor se les escapa la verdad, para ellos amarga, de su pequeñez y aislamiento.

Hace unos meses decía fanfarroneando Demófilo en *Las Dominicales*:

«Nuestra obra está hecha. España entera es anticlerical.»

Pero en seguida vino á desmentirle un hecho elocuente.

Fué el caso que otro de los que *piensan* libremente, el director de *El Motín*, había impreso un libro de propaganda impía tomando el papel fiado.

Como nadie compraba el libro, ni después de rebajarle de precio dos ó tres veces, *El Motín* no tenía dinero para pagar el papel, y el almacenista que lo había dado fiado llegó á embargar los muebles al director de *El Motín*.

Al saber esto Demófilo, el de *Las Dominicales*, trató de abrir una suscripción entre

los suyos para desatollar á *El Motín* pagándole la deuda.

Pero al director de *El Motín* no le pareció bien lo de la suscripción porque tenía carácter de limosna, y dijo que era mejor que los co-irreligionarios que quisieran favorecerle lo hicieran suscribiéndose á *El Motín*, que tenía *muy poca suscripción*, ó comprando el libro al precio bajo, ya que no habían querido comprarle al alto.

Y en la misma carta en que el director de *El Motín* decía esto, confesaba que «cuando con más entereza combatía al clericalismo (léase catolicismo), más bajaba la suscripción del periódico.»

Naturalmente. Porque la fanfarronada de Demófilo era una mentira como una loma.

Y añadía el director de *El Motín*:

«Estamos más solos de lo que creemos, amigo Lozano.»

Afortunadamente.

¡Ah! También añadía el demócrata director de *El Motín*: «Aunque me revienta la vida modesta...»

Sí, á todos los demócratas les pasa lo mismo. Les revienta la vida modesta, y para salir de ella predicán la democracia... á los demás.

Pero vamos al grano... literario, y quédese la paja librepensadora para sus naturales consumidores.

Decía que siempre se encuentran versos en los periódicos de América, y, efectivamente, en uno de ellos he encontrado un soneto de autor boliviano, de D. Ricardo J. Bustamante.

El soneto se titula *San Martín*; pero no crean ustedes que es santo, ni bueno siquiera.

Siempre se ha dicho: detrás de la cruz, el diablo. Y aquí, porque el dicho no quiebre, detrás ó debajo del santo título *San Martín*, hay un soneto *non sancto* ó endiablado del todo.

Verán ustedes:

«Cuál contempla con pasmo el *caminante*
De los nevados *Andes...*» la asonancia...

No: el vate no dijo así; dijo la eminencia. Pero yo equivoqué el vocablo pensando en la asonancia fastidiosa de los Andes con el *caminante*.

«Cual contempla *con pasmo* el *caminante*
De los *nevados* Andes la *eminencia*,
Viéndose tan pequeño á la... *prosencia...*»

Tampoco dice así el vate: dice á la presencia.

Pero yo dije, sin querer, *prosencia*, pen-

sando en la prosa pura de los tres primeros versos.

Porque realmente no hay en ellos más que prosa... y algún ripio que otro, como, verbigracia, el *con pasmo* con que el caminante contempla, y lo *nevados* que están los Andes...

Fuera de estos ripios, todo es prosa corriente.

Y sigue corriendo:

«Cual contempla *con pasmo* el *caminate*
De los *nevados* Andes la eminencia,
Viéndose tan pequeño á la presencia
De aquellas cumbres de *perfil radiante*.»

Sigue la prosa, como ustedes ven, y siguen los ripios.

Porque ese perfil *radiante* con que el vate adorna *aquellas* cumbres, me parece que no es otra cosa.

Vamos á ver el sujeto de la comparación ó á ver qué *tal* sigue el soneto.

Porque ese *cual* de arriba parece que está pidiendo un *tal* ó algo parecido.

«*Tal* yo...»

Efectivamente: ya está aquí el *tal*, y el *tal* es el vate mismo, á lo que es cuenta.

«*Tal* yo me siento cuando estoy delante...»

¡Ah! Usted se sienta cuando está delante...

Pues hace usted mal, me parece...

Digo, según delante de quien esté; pero si está usted delante de señoras ó de personas mayores ó constituídas en dignidad, hace usted mal en sentarse hasta que no le den permiso para ello...

«Tal yo me siento cuando estoy delante
Del hombre que dió á Chile independencia.»
(*Siéntese usted, señor de Bustamante.*)

Sí, ahora se puede usted sentar. Estando delante de un libertador de esos de ustedes, pues por lo visto ese *San Martín* no es ningún santo del cielo, sino un libertadorcillo, que lo mismo que se llama *San Martín* se podía llamar *Martín* á secas, que es como llaman en tierra de León á los zorros; estando delante de un libertadorcillo de esos se puede usted sentar.

Y esperar sentado á la inspiración, que ni viene ni asoma.

«Tal yo me siento cuando estoy delante
Del hombre que dió á Chile independencia,
Y á quien *ante los siglos* reverencia
Dará la historia en *pedestral* gigante.»

No dice *pedestral* el vate, sino *pedestal*.

Mas como yo estaba pensando en lo pedestre que va siendo el soneto, se me escapó el *pedestral* sin dar cuenta.

Porque ¡cuidado que es pedestre de veras el soneto!

A lo menos lo que de él conocen ustedes hasta ahora...

«Tal yo me siento cuando estoy delante
Del hombre que dió á Chile independencía...»

Y así prosáica y sucesivamente...

Bien culpable sería el tal *San Martín* no santo; pero bien cara está pagando su ingratitud á la madre patria con tener que sufrir sonetos de esos.

Porque claro es que si no se hubiera rebelado y hubiera muerto español y su sepultura estuviera todavía protegida por la gloriosa bandera española, probablemente nadie se atrevería á ir á importunarle con majaderías, digo, con sonetos de esa índole.

Vamos á ver cómo son los tercetos:

«Coronaron su frente en la victoria
De Maipo y Chacabuco...»

(¡Ay, ay, ay! ¡qué nombruco!

Una victoria de esas ni da gloria.)

Chaca-buco... Chacabuco...

«Coronaron su frente en la victoria
De Maipo y Chacabuco los... *peleles*...»

No, no es así. El vate dice los laureles; pero como ese *Maipo* y ese *Chacabuco* me hacen el efecto de dos motes puestos á dos peleles de los que se hacen acá por Antruído, de ahí que la pluma, obediente á la idea, escribiera *peleles* en lugar de laureles...

Adelante:

«Coronaron su frēnte en la victoria
De *Maipo* y *Chacabuco*...»

Las cuales probablemente serían dos victorias, ó á lo menos por tales las tendrá el versificador; pero la tiranía del consonante le ha obligado á suprimir una.

Más vale.

«Coronaron su frente en la victoria
De Maipo y Chacabuco los laureles;
También le cupo...»

También le cupo, ¿eh?... Sí le cabría... todo lo que á usted se le antoje. Pero en cambio á usted no le cabe la poesía en la cabeza.

Veamos qué le cupo á *San Martín* el *non sancto*.

«También le cupo *la brillante gloria*
De lanzar *el primero* los corceles
Que *condujeron*, Libertad, tu carro...»

¡Adiós mi dinero!... Ahora nos deja en blanco á los lectores y se pone á hablar muy serio con la *libertad*, como si ésta fuera una persona decente...

«También le cupo...»

Es imposible hallar expresiones más pro-sáicas que las de este vate...

Vale Dios que el asunto no requiere tampoco más poesía... Y emplearla buena sería desperdiciarla.

¡Entusiasmarse con la *libertad* americana y con los libertadores americanos á estas horas!...

Cuando todo el mundo está ya desengañado de esas cosas, hasta los mismos americanos, los que tienen sentido.

En la propia Bolivia ha sido pronunciado, poco hace, un discurso para inaugurar unas veladas literarias ó antiliterarias, que más bien creo yo que serían de esta última clase, donde el disertante ha dicho estas palabras:

«Dejemos esas huecas declamaciones que por vociferadas han llegado á ser ridículas: *las tres centurias de ignominia... la vir-*

gen América palpitando entre las garras del león de Iberia... A España, á esa noble y generosa nación, la debemos nuestra religión santa, nuestra hermosa habla castellana... la debemos nuestra cultura...»

En fin, lo mismo que le decía yo al principio de este libro al Sr. Alfaro, el Oficial mayor en el Ministerio de Gobernación, Policía y Fomento de Costa-Rica.

Pero aquel Sr. Alfaro no lo entendía así, ni este Sr. Bustamante tampoco, y siguen *patrioteriando* como si nada debieran á España y como si todo hubiera sido vida y dulzura desde la independencia...

Vamos á ver si acabamos el soneto.

«Coronaron su frente en la victoria
De Maipo y Chacabuco los laureles;
También le cupo la brillante gloria
De lanzar el primero los corceles
Que condujeron, Libertad, tu carro
A hollar la tumba del feroz Pizarro.»

¡Vaya una hazaña!... ¡Y vaya una gloria la que *también le cupo* al tal *San Martín*, el *non sancto*!

¿Parécele al vate que es una *brillante gloria* esa de hollar las sepulturas?...

¡Bah! Esa es una hazaña digna solamente de esa *Libertad* á quien el vate canta, que es una grandísima... cualquier cosa;

pero no es hazaña digna de ningún héroe ni de ningún libertador de veras.

¡La tumba de Pizarro, ó del feroz Pizarro, como injustamente llama el vate al ilustre conquistador, se atreverían á hollar ciertos libertadores!

Que lo que es si en lugar de encontrarse con la tumba se hubieran encontrado con Pizarro en persona, no es menester decir lo que hubiera sucedido...

Pero vamos que es falta de numen, y de seso y de juicio, ponerse á escribir un soneto á un *héroe*, ó cosa así, por lo menos en el aprecio del autor, y después de mucho trabajo para ir midiendo prosa y escribiéndola en forma de versos, no ocurrírsele al vate otra hazaña que alabar más que la profanación de una sepultura...

A tales *héroes*, tales cantores.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
I.—(ALFARO).....	5
II.—(CARDONA).....	27
III.—(ECHEVERRÍA).....	45
IV.—(MARTÍN).....	61
V.—(CRUZ).....	71
VI.—(DARÍO).....	83
VII.—(EL MISMO).....	99
VIII.—(PEZA).....	117
IX.—(FACIO).....	135
X.—(GARCÍA).....	159
XI.—(TABLADA).....	171
XII.—(CHARRAS).....	185
XIII.—(OYUELA).....	213
XIV.—(OBLIGADO).....	239
XV.—(EL MISMO).....	255
XVI.—(BUSTAMANTE).....	273

PROTESTA

Si alguna cosa apareciese en este libro contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR.



*Se acabó de imprimir este libro
en Madrid, en casa de
la Viuda è Hijos de
M. Tello, el 30 de
Mayo de
1896.*



LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ

Preciados, 48.—MADRID

LA DECLAMACIÓN ESPAÑOLA

(I.—BOSQUEJO HISTÓRICO-CRÍTICO)

POR

ENRIQUE FUNES

En vano buscarán los aficionados al gran arte de Májquez y Romea libro alguno en que poder seguir, paso á paso, la marcha de la Declamación española á través de los tiempos. Conocidos de todo el mundo son los trabajos de D. Casiano Pellicer y D. Manuel García Villanueva Hugalde y Parra (primer actor que fué en el antiguo teatro de la Cruz), únicos que recogieron algunas noticias acerca de nuestros *representantes*. Pero ni la obra del primero tiene de *Historia de la comedia y del histrionismo* más que el título, ni deja de estar plagada de errores crasísimos, ni en el libro del segundo, *Origen, épocas y progresos del teatro español*, á pesar de los conocimientos clásicos que en él se muestran, hay otra cosa que datos insignificantes, y no todos ciertos, sin que el espíritu crítico aliente por aquellas pesadas páginas.

Recogiendo con diligencia suma noticias dispersas en opúsculos, revistas y volúmenes de distinta indole, y en los cuales se halló casualmente con una nota ó con un inciso referente al arte del cómico, ha sabido el autor del libro que ofrecemos escribir un estudio histórico-crítico, en el cual palpita un fecundo pensamiento y un sincero y serviente españolismo, no siendo la menor de las bellezas de su obra el desenfado y

Los precios son para Madrid y á la rústica.

la soltura del escritor, que cubre siempre lo empalagoso y árido de la erudición con los encantos del estilo.

A ninguno puede ocultarse la importancia de la labor del Sr. Funes para la historia del arte español en una de sus más bellas manifestaciones. Gracias al entusiasmo que durante su vida entera sintió el autor por los intérpretes sublimes de los grandes dramáticos, en cuyas obras late el genio nacional, sale, al fin, de la tumba del olvido el arte de nuestros cómicos famosos.

Harto se sabe que el actor no deja, cuando desaparece de la escena, otro rastro que el de las aves en el viento; y mal podía aplicarse el espíritu analítico de nuestra edad á un arte sin historia y, por tanto, sin enseñanzas para lo porvenir. Intentar escribirla, fundarla, levantar los andamios para construir el edificio, definir las épocas y las evoluciones de un arte cuyos primeros pasos desconocen aun los mismos que le cultivan, son esfuerzos que se deberán siempre al autor de esta obra.

Por eso la recomendamos á todo literato y á todo artista que dedique su inteligencia á las artes escénicas.

Sevilla, 1895: un tomo en 4.º de 608 páginas, 5 ptas.

Acosta.—Historia natural y moral de las Indias, escrita por el P. Joseph de Acosta, de la Compañía de Jesús; publicada en Sevilla en 1590 y ahora fielmente reimpressa de la primera edición.—Madrid, 1894: dos tomos en 8.º, 8 pesetas.

Acuña (P. Cristóbal).—Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas.—Madrid, 1891: un tomo en 8.º, 4 pesetas.

Arpa y López—Manual de estética y teoría del arte. Segunda edición.—Madrid, 1895: una peseta.

Avisos, instrucciones y advertencias á los confeso-

Los precios son para Madrid y á la rústica.

- res, y exhortos que éstos deben dar á sus penitentes, con las penitencias correspondientes á cada uno, por el Rdo. P. J. Bernabé González: 3 pesetas.
- Barón de Horteiga.**—Historia de un alma (Lacordaire).—Madrid, 1895: un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- Bretón de los Herreros.**—Obras completas: nueva edición, 3 tomos en 4.º mayor de más de 500 páginas cada uno, á dos columnas. Los cuatro primeros contienen 76 dramas y comedias, y el 5.º las poesías: 50 pesetas.
- Candau y Pizarro** (D. Feliciano).—Prehistoria de la provincia de Sevilla.—Sevilla, 1894: un tomo en 4.º con setenta grabados, dibujos de D. J. Díaz Infante, y un mapa prehistórico de la provincia de Sevilla, 40 pesetas.
- Cervantes Saavedra.**—El Quijote de los niños, abreviado por un entusiasta de su autor, y declarado de texto para las escuelas por el Consejo de Instrucción pública. Octava edición con grabados.—Madrid, 1896: un tomo en 8.º, con más de 600 páginas, encuadernado á la holandesa, 2 pesetas en toda España. Por docenas, 18 pesetas; portes de cuenta del peticionario.
- El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, comentado por D. Diego Clemencin (Biblioteca clásica): ocho tomos en 8.º, 24 pesetas.
- Cobo** (P. Bernabé), de la Compañía de Jesús.—Historia del Nuevo Mundo publicada con notas y otras ilustraciones de D. Marcos Jiménez de la Espada.—Sevilla, 1890-95: cuatro tomos en 4.º, 40 pesetas.
- Colón.**—Historia del Almirante D. Cristóbal Colón, en la cual se da particular y verdadera relación de su vida y de sus hechos y del descubrimiento de las Indias occidentales, llamadas Nuevo Mundo, escrita por D. Fernando Colón, su hijo.—Madrid, 1892: dos tomos en 8.º, 6 pesetas.
- El Sol**, por el P. A. Sechi S. J., Director del Observatorio del Colegio Romano, traducido por A. García, ex-Catedrático de Física y Química: 2 tomos, 40 pts.
- Fernández** (P. Juan Patricio), de la Compañía de Je-

- sús.—Relación-historia de las misiones de los indios, que llaman chiquitos del Paraguay: dos tomos en 8.º, 6 pesetas.
- Fernández de Córdova**, Marqués de Mendigorria.—Mis memorias íntimas.—Madrid, 1886-89: tres tomos en 4.º mayor, pasta, 60 pesetas.
- Fernández Valbuena** (D. Ramiro).—Egipto y Asiria resucitados.—Toledo, 1895: un tomo en 4.º con 28 grabados, 8 pesetas.
- Horacio**.—Obras completas traducidas en versos castellanos, con comentarios mitológicos, históricos y filosóficos, por D. Javier de Burgos; segunda edición, refundida y aumentada: cuatro tomos en 4.º, 25 pts.
- Martínez de Zúñiga**.—Estadismo de las islas Filipinas ó mis viajes por este país, por el P. Fr. Martínez de Zúñiga, agustino calzado.—Publica esta obra por primera vez, extensamente anotada, W. E. Retana.—Madrid, 1893: dos tomos en 4.º, 20 pesetas.
- Moratin** (obras de D. Nicolás y de D. Leandro Fernández de): dos tomos 8.º, pasta, 5 pesetas.
- Nieritz** (Gustavo).—El silbato mágico ó los hijos de Hameln: cuento revisado y corregido, con una introducción por J. B. J. Champagnac: 8.º, 3 pesetas.
- Los hijos de Eduardo ó el quinto mandamiento de la ley de Dios, aumentada con un compendio histórico de la guerra de las dos rosas: 8.º, 3 pesetas.
- Los osos de Augustoburgo; episodio de la historia de Sajonia, traducido por D. J. P. Comoto: 3 pesetas.
- Oficios** de la Iglesia con la explicación de las ceremonias de la Santa Misa y notas sobre las fiestas y los salmos, seguido de una recopilación de oraciones y meditaciones sacadas de San Agustín, San Bernardo, Santa Teresa, San Francisco de Sales, Bossuet, Fenelon y la imitación de Jesucristo: 4.º mayor, con 80 láminas aparte del texto, 40 pesetas.
- Oviedo**.—Historia de la conquista y población de Venezuela, por D. José de Oviedo y Baños, con discurso preliminar, notas y aclaraciones de D. Cesáreo Fernández Duro: dos tomos en 4.º, 30 pesetas.
- Paz** (Abdón de).—Mar de Batalla, prosa y verso.—Ma-

Los precios son para Madrid y á la rústica.

- drid, 1896: en 8.º, con el retrato del autor, 3 pts.
- Palafox y Mendoza**, Obispo de la Puebla de los Angeles.—Virtudes del indio.—Reimpreso en Madrid en 1893: un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- Palau**.—Acontecimientos literarios. Impresiones y notas bibliográficas en 1895.—Madrid, 1896: un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- Peña y Fernández**.—Manual de Arqueología prehistórica, precedida de nociones preliminares de Arqueología general, Geología y Paleontología, y seguido de cinco cuadros sinópticos de Arquitectura cristiana y de dos vocabularios para la debida inteligencia de las voces técnicas, por el Dr. D. Manuel de la Peña y Fernández, Presbítero, Catedrático de Griego, Hebreo y Arqueología cristiana en el Seminario de Sevilla.—Sevilla, 1890: un tomo en 4.º de XIX-962 páginas, 13 pesetas.
- Pereda** (D. José María de), de la Real Academia Española.—Obras completas: diez y seis tomos, que se venden á 4 pesetas cada uno en Madrid y en Santander, y á 4,50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:
- I.—Los hombres de pró, con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
 - II.—El buey suelto.....
 - III.—Don Gonzalo González de la Gonzalera.
 - IV.—De tal palo, tal astilla.
 - V.—Escenas montañosas.
 - VI.—Tipos y paisajes.
 - VII.—Esbozos y rasguños.
 - VIII.—Bocetos al temple.—Tipos trashumantes.
 - IX.—Sotileza.
 - X.—El sabor de la tierra.
 - XI.—La puchera.
 - XII.—La Montálvez.
 - XIII.—Pedro Sánchez.
 - XIV.—Nubes de estío.
 - XV.—Peñas arriba.
 - XVI.—Al primer vuelo.

Los precios son para Madrid y á la rústica.

- Pereda.**—Pachín González (fuera de la colección).—Madrid, 1896: un tomo en 8.º, 3 pesetas.
— En prensa: Tipos trashumantes, edición elegantemente ilustrada.
- Pulido (Dr. A.)**—La emoción oratoria.—Madrid, 1896: un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- Relaciones geográficas de Indias**, publicadas por el Ministerio de Fomento (Peru).—Madrid, 1884-85: dos tomos en 4.º mayor, 30 pesetas.
- Ruidíaz.**—La Florida, su conquista y colonización, por Pedro Menéndez de Avilés. Anotada, adicionada y publicada por D. Eugenio Ruidíaz y Caravia. Obra premiada por la Real Academia de la Historia.—Madrid, 1894: dos tomos en 4.º, 20 pesetas.
- Sales.**—El descubrimiento de América, según las últimas investigaciones, por D. Manuel Sales y Ferré: un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- Salustio (Cayo Crispo).**—Obras revisadas y cotejadas con los mejores códices y ediciones, é ilustradas con notas en español para el uso de las escuelas, por D. Juan B. Guim: en 8.º, 2 pesetas.
- Samaniego (D. Félix M.)**—Obras inéditas ó poco conocidas del insigne fabulista, precedidas de una biografía del autor, escrita por D. Eustaquio Fernández de Navarrete: en 4.º, 3 pesetas.
- San Agustín.**—La ciudad de Dios. Obra escrita por el Padre de la Iglesia, San Agustín, traducida del latín por D. José Cayetano Díaz de Beyral (Biblioteca clásica): cuatro tomos en 8.º, 12 pesetas.
- Silvela (D. Manuel).**—Obras póstumas. Las publica, con la vida del autor, su hijo D. Francisco: dos tomos en 4.º, 5 pesetas.
- Sinués (Doña M. del Pilar).**—A la luz de una lámpara.—Colección de cuentos morales (obra de texto), 4 pta.
Contiene: El vestido de baile.—Las dos amigas.—El carpintero.—Los premios.—La presumida.—Los dos rosales.
— Mujeres ilustres.—Narraciones histórico-biográficas.—María Estuardo.—Santa Teresa de Jesús: un tomo, 2 pesetas.

Los precios son para Madrid y á la rústica.

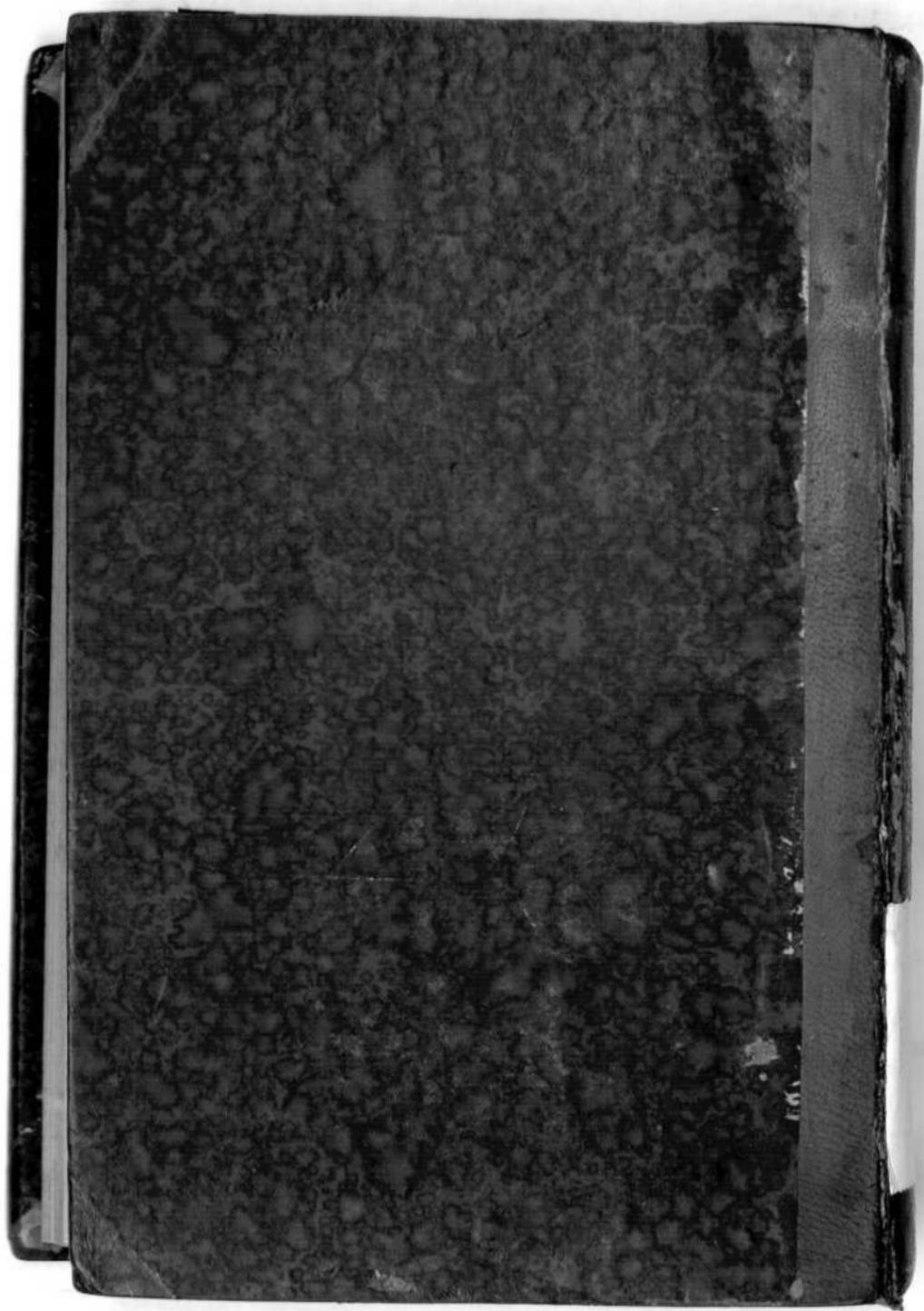
- Sinués** (Doña María del Pilar).—Catalina Gabrielli.—Agripina, Princesa romana.—Blanca Capelo, Reina de Chipre y gran Duquesa de Toscana: un tomo, 2 pesetas.
- María Josefa Tascher de la Pagerie.—Juana de Arco.—Luisa Maximiliana de Stolberg, Princesa Estuardo y Condesa de Albany: un tomo, 2 pesetas.
- Páginas del corazón: un tomo, 4 pesetas.
Contiene: Mariana.—No hay deuda que no se pague.—La sortija.
- Plácida y un drama de familia: un tomo, 3 pts.
- Un nido de palomas: un tomo, 3 pesetas.
- Tirso de Molina**.—Teatro escogido antiguo español de Fr. Gabriel Téllez, conocido con el nombre del Maestro Tirso de Molina: 12 tomos de más de 370 páginas cada uno: los 11 primeros contienen 36 comedias y un juicio crítico á continuación de cada una, y el duodécimo un Apéndice á la obra: 40 pesetas.
- Cuentos, fábulas, descripciones, diálogos, máximas y apotegmas, etc., etc.: 2,50 pesetas.
- Investigaciones bio-bibliográficas, por E. Cotarelo y Mori.—Madrid, 1893: un tomo en 8.^o mayor, 3 pts.
- Tres tratados de América** (siglo XVIII).—Madrid, 1894: un tomo en 8.^o, 3 pesetas.
Contiene.—Primer tratado: Relación histórica, política y moral de la ciudad de Cuenca y su provincia.
Segundo tratado: Razón sobre el estado y gobernación política y militar de la jurisdicción de Quito en 1734.
Tercer tratado: Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de Bocachica y sitio de Cartagena de Indias en 1741.
- Vargas Machuca**.—Milicia y descripción de las Indias, escrita por el capitán D. Bernardó de Vargas Machuca, natural de la villa de Simancas. Reimpresa fielmente según la primera edición hecha en Madrid en 1599: dos tomos en 8.^o, 6 pesetas.
- Vigil**.—Noticias biográfico-genealógicas de Pedro Menéndez de Avilés, primer Adelantado y conquista-

Los precios son para Madrid y á la rústica.

- dor de la Florida, por D. Ciriaco Miguel Vigil.—Oviedo, 1892: un tomo en 4.º, tela, 2,50 pesetas.
- Villaamil.**—Viaje de circunnavegación de la corbeta *Nautilus*.—Madrid, 1895: un tomo en 4.º con multitud de fotograbados y 23 planos de derrota. encuadernado en tela lujosamente, 20 pesetas.
- Winterer.**—El socialismo contemporáneo, por el abate L. Winterer, diputado del Parlamento alemán. Versión de D. Julio del Mazo Franza.—Prólogo de D. Francisco Rubio y Contreras, Arcipreste de Sanlúcar de Barrameda.—Sevilla, 1896: un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- Xerez.**—Verdadera relación de la conquista del Perú, por Francisco de Xerez, uno de los primeros conquistadores.—Madrid, 1891: un tomo en 8.º, 2 pts.
- Zorrilla.**—Granada. Poema oriental, precedido de la leyenda de Al-Hamar. Nueva edición.—Madrid, 1895: dos tomos en rústica, 8 pesetas; encuadernado en tela, 40,50.
- Zaragoza.**—Piraterías y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América española, desde el siglo xvi al xviii. Deducidas de las obras de D. Dionisio de Alsedo y Herrera, por Don Justo Zaragoza.—Madrid, 1883: un tomo en 4.º, 42,50 pesetas.
- Las insurrecciones en Cuba. Apuntes para la historia política de esta isla en el presente siglo, por D. Justo Zaragoza.—Madrid, 1872-73: dos tomos en 4.º, 20 pesetas.
- Geografía y descripción universal de las Indias, recopilada por el cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco desde el año de 1571 al de 1574.—Madrid, 1894, adicionada por D. Justo Zaragoza: un tomo en 4.º, con planos, 45 pesetas.

PÍDANSE CATÁLOGOS







VAGHUNNA

RIPIOS

ULTRAMARINOS



G 39162

S-G-R